

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES. 4 RS.
 POR TRES MESES. . . 40
 POR UN AÑO. . . . 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES. . . 42 RS.
 POR SEIS MESES. . . 24
 POR UN AÑO. . . . 50

LAS MÁRGENES DEL RHIN.

Su origen.—Curso de este rio.—Ruinas feudales.—Castillo de Roland.—Nonnewerther.

Nada es mas digno de fijar nuestra atencion que los sitios pintorescos que presentan las riberas del Rhin, especialmente desde Maguncia hasta Colonia. La vista halla recreo, y el pensamiento asunto para meditar. Aquí el rio nos proporciona un pasaje entre dos estrechos valles: humilde en su curso y atrevido por entre sus rocas va gradualmente perdiendo su impetuosidad; pero bien pronto se ensancha; saltan sus poderosas olas, creyéndose que va á desbordarse y á estenderse hasta la llanura. Mas lejos se descubre entre dos estrechas gargantas formadas por la separacion de elevadas montañas, muchos castillos medio arruinados,

pintoresco del mundo. Mas allá se descubre á Ehrenbreitstein, orgullosa con su imponente fortaleza, y por su famoso cañon que puede alcanzar hasta Audernach; Baucharach, célebre hace mucho tiempo por sus exquisitos vinos; Bingen, donde el Rhin continua su curso en medio de magestuosas montañas; Johannisberg, tambien famosa por sus vinos, y la antigua Maguncia con sus suntuosos edificios.

Desde Maguncia á Coblenz, el Rhin se engrandece de media en media legua. El viajero encerrado en este vasto recinto de montañas busca en vano con los ojos y el pensamiento una senda para salir de allí; pero casi siempre se encuentra en un parage opuesto, ó al menos cree distinguirla. Esta sorpresa continua hace que los viajes al Rhin sean pintorescos y variados.

Se sabe que el Rhin trae su origen del monte de San Gotardo, en Suiza. Despues de haber recibido el tributo de muchos torrentes, atraviesa el lago de Constantza, pasa por Schaffouse, y cerca de esta ciudad se

la última en la aldea de Catwyck, está cerrada por el mar cuando es alta la marea, y cuando baja, las aguas del rio obligan la salida y se precipitan en el Océano.

Entre los brillantes y sublimes cuadros que ofrecen á cada paso las riberas del Rhin, no sorprende que la poesía caballeresca de los siglos supersticiosos haya encontrado amplios materiales para leyendas y cuentos romanescos. El nombre solo de ciertos lugares célebres anuncia de una manera espresiva algunas tradiciones. El *Trenenfels* (roca de la Fidelidad), *Drachenfels*, (roca del Dragon), *Walkemburg*, (castillo de las Nubes), *Loewenberg* (roca de los Leones), *Ehrenbreitstein*, (piedra del Honor).

A la izquierda del grabado que damos en el presente articulo, en la cima de una montaña, se ven las ruinas de un castillo. Es *Rolandreck* ó el *rincon de Rolando*. En medio del rio hay una isla cubierta de árboles, donde se encuentra el convento de Nonnewerther, y mas abajo á la derecha, bajando desde Magun-



Márgenes del Rhin.

retiro de los bandidos famosos que fueron en otro tiempo el terror de la comarca; se creeria que eran nidos de águilas: á cada paso vereis, siguiendo el curso de este rio magestuoso, ciudades opulentas: cerca de vosotros aparece Colonia, ciudad imperial tan orgullosa en otro tiempo por su gigantesca catedral; un poco mas allá la preciosa ciudad de Bonn, que comunica con Colonia por una hilera de tilos, cortada de trecho en trecho por bonitas aldeas que interrumpen su uniformidad; y mas lejos todavia está Audernach, célebre por sus molinos de piedras, por sus fábricas y por sus aguas minerales.

En Coblenz, donde se reunen el Rhin y el Mósella, como lo indica suficientemente su nombre latino, *confluentia*, la escena se engrandece y se embellece mas aun; montañas de un aspecto romántico; árboles muy poblados de hojas, habitaciones campestres, y colinas cubiertas de pobladores constituyen el conjunto mas

admira la caída de este rio que la efectúa desde setenta ú ochenta pies de elevacion. El Rhin no es navegable mas que entre Basilea y Estrasburgo, y en esta última ciudad toma el nombre de Alto Rhin, y desde Colonia hasta las playas de la Holanda, donde llega á perderse este rio, recibe el nombre de Bajo Rhin.

Tanto en Suiza como en Holanda, las orillas del Rhin no ofrecen ningun atractivo. El rio luego que ha pasado por algunas ciudades florecientes, se divide en dos brazos en el ducado de Cleves. Uno de estos brazos pierde su nombre y toma el de Waal hasta Dordrecht; aqui se cambia de nuevo, uniéndose con el Meusa, hasta que últimamente se pierde en el Océano. El segundo brazo se desune tambien en dos; una parte de él se lanza en el Zuiderzee, el otro toma el nombre de antiguo Rhin en Leida, y se divide nuevamente en muchos brazos que van á perderse en los arenales. Se reunen por último en el canal que tiene tres salidas;

cia á Colonia, está la roca llamada *Drachenfels*, coronada de un antiguo muro, que en otro tiempo formaba parte del antiguo castillo. He aqui una leyenda del Rhin que no puede leerse sin cierto interés.

Rolando ú Orlando, el heróico sobrino de Carlo-Magno estaba perdidamente enamorado de la bella Hildegonda; acababa de empeñarle su palabra cuando fué llamado al combate. Pronto supo la jóven que su caballero habia perecido en medio de una batalla encarnizada. Esta nueva destruyó todas sus esperanzas de felicidad; renunció al mundo y tomó el velo. Apenas hubo consumado el fatal sacrificio, cuando el sonido de la guerrera trompa anunció el regreso de Rolando, el cual solo habia recibido una ligera herida en el combate; pero era ya demasiado tarde. Hildegonda vivió religiosa en el convento de Nonnewerther, y nuestro héroe, á fin de aproximarse á la residencia de su amada, edificó una ermita en el sitio que hoy todavia

se llama Rolandreck. Despues de la muerte de Hildengonda, que se verificó al poco tiempo, Rolando marchó de nuevo á los combates y pereció en la batalla de Roncesvalles.

Drachenfels es la mas alta de los *Siebenyeburge*, ó Siete montañas. Este castillo pertenecia en otro tiempo á los condes de Drachenfels, cuya familia se extinguió en 1380.

Por bellas y pintorescas que sean las ruinas de estos castillos que adornan las márgenes del Rhin, no se puede olvidar al verlas que fueron en otra época teatro de la violencia y la tiranía. El poder de los señores que las poseian llegó á ser tan opresivo, que sesenta ciudades del Rhin se ligaron contra ellos y atacaron sus fortalezas. Muchos castillos fueron destruidos al rigor de las llamas, y en el día, aquellas ruinas y aquellos escombros talmente se confunden con los fragmentos de las rocas, que con frecuencia no se pueden distinguir las unas de las otras. Nonnewerther es una isla de cerca de cien aranzadas de superficie, y contiene ademas un gran edificio, en el espacio del cual se elevaba siglos anteriores el antiguo convento de Franenworth, fundado en 1122. En 1815, esta isla llegó á ser una de las posesiones del reino de Prusia, á quien pertenece hoy. A la muerte de las religiosas, cuyo número disminuyó Napoleon, se vendió la casa y vino á ser un hotel. Esta isla y sus cercanías ofrece mucho interés á los geólogos, pues contiene una gran cantidad de columnas de basalto. Una parte de estas curiosas columnas, está oculta en el agua que da frente á la aldea de Unkel, y hace en este sitio la navegacion del Rhin estremadamente peligrosa.

CARTAS SOBRE LA ESPOSICION UNIVERSAL.

SEGUNDA VISITA.

Solo en uno de los dias privilegiados, es decir, viernes ó sábado, en que se pagaba media ó una corona, podia visitarse la exposicion con algun fruto. Generalmente lo mas distinguido de las provincias, ó los que habian satisfecho tres libras esterlinas por un billete de *estacion*, esto es, de entrada diaria, eran los que poblaban las vastas salas del edificio. A última hora se paseaban á lo largo de la nave y del crucero, con objeto de ver, ser vistos y coquetear cándida y platónicamente, puesto que los demás dias ni habia lugar á finos modales, ni espacio para cortesias; la fuerza bruta lo dominaba todo, y un violento vaiven ponía en conmocion aquella vasta masa de criaturas errantes. Despues de haber tomado el primer día la fisonomia del conjunto, el *color local*, como dice un célebre politico francés metido á historiador, la segunda visita exigía un examen mas detenido en los objetos, y naturalmente se daba la preferencia á la parte inglesa, porque era no tan solo la que ofrecía un todo mas completo, sino mas novedad tambien en la forma y disposicion de cada ramo de por sí. Lo mejor era entrar por la puerta del S. (4), y aqui debemos mencionar el arbitrio ideado para evitar la confusion en la entrada. Cada uno de los tres pórticos de ingreso, se hallaba dividido en diez ó doce puerterillas, ó mejor dicho *burladeros*, por donde estrictamente cabía el cuerpo de una persona de regulares dimensiones; y aunque no de oficio, estaba prevenido no admitir sino justo el precio de entrada. De esta suerte no podia haber agolpamiento, pero si atasco, pues mas de una vez ha tenido la policia que ayudar *empujando* á algun corpulento personage ó *ahuecada* dama, para quienes no se habia calculado bien el ancho de aquellas puerterillas de campanario. Inútil es repetir el golpe mágico que presentaba la vista del crucero por este lado. Sin duda que nadie pudo imaginar el bello efecto que producirían aquellos árboles enormes decorando el fondo, y cortando las simétricas líneas de la arquitectura del edificio. La casualidad sin duda los colocó aislados en aquel sitio para dar carácter al palacio de cristal, no solo como construccion, sino como adorno pintoresco. En el primer plano, ideado por el famoso Mr. Paxton, no existía la hermosa bóveda del crucero, y los ingenieros Fox y Henderson, constructores de las obras, trazaron y realizaron tan atrevida forma con objeto de preservar los árboles y no echarlos por tierra como algunos proponían. El resultado ha sobrepasado al pensamiento, y ha sido, á no dudarlo, el complemento ó quizá la cosa mas digna de la exposicion. Lo primero que llamaba la atencion era una estatua á caballo de la reina Victoria, luego la famosa fuente de cristal en el centro, mas allá otras dos estatuas ecuestres de la misma reina y del principe Alberto; detrás otras dos fuentes, en medio de arbustos y plantas tropicales, y una multitud variada de macetas en flor prodigiosamente cultivadas; grandes puertas y verja de jardín primorosamente trabajadas; y por fin los árboles del fondo, cuyo verde sombrío hacia destacar los demás objetos en armonioso contraste. Las ricas telas de Tunes y sus bordados de oro; los mil primores de China, sus porcelanas y marfiles, sus sederías y filigranas; los chales y alfombras de Persia y Turquía, sus jacces bordados, sus utensilios domésticos tan caprichosos como poco manejables, sus yerbas y sus sedas ocupaban la de-

recha del lado extranjero; y á la izquierda, esto es, á la parte del O., comenzaba la séria británica por sus colonias de la India. Aqui la Inglaterra ha hecho ver al mundo la riqueza de sus posesiones ultramarinas en materias primeras de todas clases, ricas, raras y variadas; y no solo esto, sino que ha espuesto en modelos, contruidos por los mismos indigenas con toda la sencillez de los primeros tiempos, todas las costumbres, labores, industria y aun gobierno de aquellos pueblos, que la sagacidad inglesa deja vivir, crecer y desarrollarse con arreglo á sus tradiciones seculares. Entre nosotros ahora en la nave y contemplemos aquel gran trofeo, como aqui le llaman, de sederías del pais, fabricadas con seda indigena; en efecto es sorprendente, y con verdad puede llamarsele trofeo, pero de paciencia y vanidad, pues todos los capullos que han servido para tegerlas se han criado bajo la inspeccion y cuidado de una dama inglesa, siendo el resultado de un periodo de *CATORCE AÑOS*!! Mas allá hay otro trofeo de maderas de construccion, producto de Canadá; las piezas son gigantescas y están curadas admirablemente. A uno y otro lado, en las galerías adyacentes, continúan las producciones de las colonias, Canadá, Nueva Escocia, Australia, Ceylan, etc. Si despues de haber fijado una mirada en la caprichosa cuna que sirvió á la reina Victoria, y de haber medido con la vista una enorme consola de talla dorada, sobrepuesta de un inmenso espejo en proporcion de tales dimensiones que es preciso un palacio colosal y gigantes que le habitan para poder servir de tal mueble, nos internamos por la izquierda, mirando al O., hallaremos un lindo salon decorado con objetos de iglesia, entre los cuales alterna la custodia católica, la bordada casulla y plegada alba, con la lámpara protestante, y el ara de severas formas; y por una puerta casi de escape, allá en un rincon oculto, veremos la escultura inglesa, caprichosa en sus asuntos, hábil en el trabajo, pero amanerada en los contornos y estravagante en el dibujo. Dejemos la ferretería, tan sólida, tan brillante, tan bien entendida; volvamos de nuevo á la nave, parémonos un momento delante de aquellas piezas esculpidas mecánicamente en pizarra, en piedra, en madera, que ponen al alcance de todas las fortunas los mas bellos caprichos del arte, puesto un modelo, la máquina corta, talla, y reproduce otros cien con mas presteza que un obrero, y con la exactitud de un hábil geómetra; admiremos esos trozos grandiosos, esas cristalizaciones soberbias de productos quimicos, en que nadie aventaja á los ingleses, y pasando al lado de esa otra fuente de piedra, cuyas estatuas están agrupadas con tan poca gracia, hagámonos sitio por entre la gente que se agolpa ante esa linda cuanto sencilla máquina que en menos de dos minutos os dá cien sobres de cartas, plegados y pegados, y con una mistura ó goma aplicada en el ángulo restante para que no haya necesidad de emplear lacre ú oblea; un muchacho únicamente cuida de ir acercando papel, y todavía le sobra tiempo para distribuir á los espectadores los cientos de sobres que vomita la máquina. Atravesemos por el corredor inmediato, donde hallaremos muy lindas encuadernaciones, mapas y globos, objetos de escritorio, papeles diversos; y mas allá á derecha é izquierda diferentes modelos de ferro-carriles, wagones colosales, potentes locomotoras en que el ingenio y la habilidad mecánica ha hecho su último esfuerzo, muestras de empedrado ó pavimento para los caminos de hierro, en que entre otras se ve una de gutta percha (sustancia parecida á la goma elástica y que como ella destila de un árbol), la cual ha resistido con éxito durante cinco meses el pisoteo de tantos seres humanos; y hémos aqui ya en el sitio notable del palacio de cristal, en las salas de la maquinaria en accion.

¡La maquinaria en accion! He aqui la parte útil del palacio de cristal, he aqui el secreto descubierto, el misterio revelado de esa fuerte organizacion industrial que constituye el poder de la Inglaterra. Cartas de recomendacion, empeños de personajes, soborno, y otros mil medios ingeniosos se empleaban hace veinte años para introducirse en las fábricas y sorprender la manera de trabajar; el *modus operandi* de los ingleses. Aun en estos últimos tiempos no era dado á todos el visitar libremente los establecimientos manufactureros, y hoy día el interés, el orgullo, quizá la satisfacción propia, han puesto á los ojos de todos en evidencia esos medios fáciles y económicos de producir mercancías para el consumo del orbe entero. No bastaba esponer las máquinas motoras que dan impulso á los útiles y demás instrumentos de fabricacion, no bastaba esponer esos instrumentos, esos molinos, esos telares, esas cardas, esas bombas, esas prensas; todo esto era letra muerta que no hablaba á los sentidos; era preciso que marchara, que construyera, que edificara, por decirlo así, á los ojos del público asombrado: y en efecto, concebido el pensamiento la realizacion vino en seguida, la realizacion de lo que aun no hace diez años se habria tenido por un sueño. En un momento el palacio de cristal se convirtió en verdadero palacio de industria, en una gran fábrica productora con sus máquinas de vapor, sus operarios y sus materias primeras. Fuera del edificio, á la parte del O., se levantó un pequeño pabellon de la misma forma arquitectónica que el gran palacio, en el cual se encerraban cuatro ó cinco grandes generadores ó calderas de vapor de diferentes sistemas, que trasmitian por enormes caños subterráneos el gas motor á la multitud de máquinas dentro de la exposicion. Máquinas de alta, mediana y baja presión, máquinas fijas, máquinas oscilantes de todas for-

mas y tamaños, máquinas de disco, de reciente invencion en las que el émbolo ó piston se halla sustituido por una esfera que juega en el interior de un cono hueco, y cuyas ventajas han sido reconocidas como altamente superiores, todas se hallaban en movimiento y trasmitian su accion á toda clase de instrumentos y aparatos. Allí se veía funcionar un molino de chocolate, otro de harina; allí se imprimía el periódico la *Ilustracion* en una prensa cilíndrica vertical, esto es, en que el molde se halla colocado verticalmente en forma cilíndrica; el cual girando sobre su eje pone en juego otros cuatro cilindros mas pequeños que de este modo le suministran pliegos de papel sin interrupcion; por manera que se obtienen tantos ejemplares á la vez cuantos son los cilindros; la prensa del *Times* tiene ocho, y da diez mil ejemplares por hora. Mas allá se veía la máquina con que se han cepillado y hecho las mortajas de todos los bastidores de madera que han entrado en la construccion del edificio; á mano izquierda estaba todo un modelo completo de cervicería con sus tinajas correspondientes y su maquinilla de vapor en movimiento; despues un enorme molino para quebrantar la caña de azúcar, máquina para hacer agujas de coser, que no ha habido dama que no haya llevado siquiera un par de ellas á medida que iban saliendo. En el centro se veían varias otras máquinas para torcer alambre, para lavar la ropa, todas marchando; luego una bomba para hacer subir el agua por medio de la fuerza centrífuga, sin necesidad de émbolo ni de válvulas; y con objeto de que se viera mas palpable la mejora del sistema, en vez el agua de ser impelida á través de un caño, el constructor habia dispuesto un cajon alto y ancho, de suerte que al caer el liquido formaba una sábana magnífica, cual catarata desprendida, que producía un efecto admirable y sorprendente para la generalidad, que hasta ignoraba que aquello fuera una simple bomba de ascension. Inmediato se hallaba un troquel de acuñar, que despedía sin consuelo medallas de la exposicion; pero estas no se daban gratis sino que se vendían con permiso del Comité ejecutivo. Venia luego el telar para hacer encage con una perfeccion asombrosa; la sierra mecánica para tallar la piedra, y otros mil aparatos usados en la industria, los mas de ellos trabajando, principalmente una máquina de hacer ladrillos, tanto huecos como de otras formas diversas. A continuacion, y siempre en direccion hacia el O., empezaba la séria de la manufactura de algodón, desde la materia bruta, cardado, hilado y tegido en todas sus diversas fases y combinaciones, todo por medio de los aparatos mas perfectos y acabados, puestos en accion por magníficas máquinas de vapor, y gobernados por un cortísimo número de operarios, los mas mugeres y criaturas. Al ver la facilidad con que marchaba toda aquella poderosa maquinaria, en que apenas tocaba mano humana, la imaginacion se pregunta atónita dónde irá á parar tan prodigiosa cantidad de mercancías como pueden salir de elementos tan fecundos y productores! Iguales aparatos para seda, lana y lino, alternaban con los del algodón; y en verdad que mas que curiosidad excitaban lástima aquellas pobres muchachitas, tan peinadas, tan aseadas con sus grandes delantales blancos, y tan atentas á reparar la hebra que se rompe, y á reemplazar la bobina ó el carrete de purísima seda que se concluye. ¡Al lado de las grandes concepciones del génio mecánico, la deplorable insuficiencia del hombre legislador, la triste nulidad del filósofo humanitario!

(Se continuará.)

LA HISTORIA DEL MATRIMONIO (1).

CUADRO VI.—RESOLUCION HEROICA.

Con una venda en los ojos como la estatua de la Fé, y cubriéndose los oídos con las palmas de las manos, representa el pintor al protagonista de este cuadro. Una madre con cinco hijos pequeños; una nodriza con dos en los brazos y uno á la espalda en un cuévanco; cuatro cesantes cargados de prole; veinte maridos acorados por las modistas y los comadrones, y un enjambre, en fin, un enjambre de suegras y de cuñados, en las figuras que se agrupan en derredor del desdichado que va á tomar la heroica resolucion de casarse. Pero el amor le ha puesto una venda en los ojos, para que no vea la escena que le aguarda, y el niño alijero le cubre con sus alas los oídos, para que no puedan perturbar su propósito, ni el llanto de los niños, ni las quimeras de la paz doméstica con que le brindan los parientes políticos. Sordo á las voces de esas conciencias ajenas que le aborrian el remordimiento de la suya propia, un eco no mas tiene el privilegio de llegar á su oído: el suspiro de su futura esposa. Cuando el novio quema las naves ya no ve otra imagen que la de su amada, ni oye otra voz que la suya, ni permite que nadie se acerque á preguntarle ni á prevenirle cosa alguna.

Retírense los viudos que llenos de buena fé y de caridad han acudido á darle gratis la esperiencia que ellos compraron á tanta costa; no se censan en ponerle delante de los ojos, los viverones y las amas de cría, ni hay para que atolondrarle con reflexiones que no escuchará, ni con argumentos que rechaza. Déjenle en paz y en visperas de la guerra, que ya se ha embriagado de

(1) Por un *lapsus pluma* en nuestro primer artículo descriptivo, hemos tomado el N. por el S., lo que advertimos para inteligencia del resto.

(1) Véanse los números 102, 103, 104, 105, y 106.

amor, y no dejará de asaltar la muralla si le pusieran una suegra en cada ladrillo y cien cuñados coronáran las almenas. Si esa turba multa que invade el cuadro ha venido a evitar la apostasia de un soltero, tenga entendido que ya es demasiado tarde, y que es perdido el tiempo que empleen en rescatar su alma del poder del vicario. Déjenle en libertad un momento y verán como hay de todos, y no para hasta encontrar quien le diga, que el estado natural del hombre es el de marido y que la felicidad no existe sino en el matrimonio. Cualquiera recién casado desempeñará esta comision a las mil maravillas, y será el Mentor de nuestro personaje. Hemos dicho al empezar estos cuadros matrimoniales, que no pensábamos copiar ninguno de ellos de los palacios de la aristocracia, ni mendigar los personajes a ese círculo alto, que hoy se pierde de vista, trepando a las altísimas crestas del Pirineo. Casarse con la única muger a quien no se ha amado nunca, sin verla hasta la víspera del día de la boda; dejarla en Madrid antes de cumplirse los primeros quince días del matrimonio y vivir en paz con ella desde París ó Londres todo eso no tiene nada de particular, y con semejantes condiciones todos los hombres pueden ser maridos. Esa clase de vida matrimonial no ofrece el menor punto de contacto con la que nos hemos propuesto bosquejar en los presentes cuadros, y quedó desde luego eliminada de la galería. Daremos únicamente un croquis de ella para demostrar el fundamento de nuestra resolución. Vean nuestros lectores lo que se entiende por un matrimonio a la moda.

La duquesa de C... tiene una hija, ó dos, ó tres, ó cuatro; esto es indiferente y se reduce á cuatro negociaciones diplomáticas en vez de una; la educa, no como Dios la da á entender, ni como á ella la educaron sus padres, sino con arreglo al último figurin de Francia. Y bueno será que sepan nuestros lectores, que los franceses no se limitan á dar patrones á los sastres y á las modistas, sino que intervienen y presiden á los directores de los colegios y á las ayas. Cosa que no tiene nada de particular por aquello (y Dios me perdone este latin que me ocurre) de que *cum caput dolet, tota membra dolent*; el gobierno traduce los planes de estudio, declara obras de texto las traducciones y los particulares se apresuran á imitar á sus gobernantes.

Pues ahora bien, la duquesa de C... es en este punto, un particular como otro cualquiera, y confía la educación de su hija á una señora francesa, que cansada de haber corrido los boulevares de París entre dos luces, entra en España á la luz del día con los ojos bajos y un libro de devoción en la mano. ¡Educatrice ballazgo para la educación moral de una joven! Agréguese á esto que la madama sabe inglés, italiano y ruso; que es una consumada profesora de música; que tiene las matemáticas en las uñas, y esto es posible, porque gracias á la moda usa largas; que en historia es un portento; que la geografía es su fuerte; que es una especialidad en el baile, y que la gloria de ser una insigne literata no se la negará quien lea las cien novelas y otros tantos dramas que publicó en su país. Agréguese todo eso, repetimos, y se verá que la tal madama es una gran adquisicion para ilustrar á toda una familia. El señor duque, padre de la niña, es el primero que abre la boca para callar en presencia del aya; la duquesa hace otro tanto por espíritu de imitacion; de la niña no se hable; y en cuanto á los criados de la casa, si hay alguno que sea español, cosa algo rara, por espíritu de obediencia y de servidumbre veneran y acatan á la sabia griseta que se dignó venir á España. Una sola dificultad se ofrece para que nuestra francesa se encargue de la educación de la duquesita, pero es cosa de poca entidad y fácilmente se salva; se trata de que el español no es ninguno de los idiomas que posee, porque como ella dice, y el duque lo aplaude, es una lengua sin aplicacion de ningún género, y de una belleza salvaje. Esta calificación, que nadie entiende, la hallan muy oportuna los duques, y cuando madama dice: *Est une langue original et sauvage*, ellos responden: —¡Oh!... si, original et sauvage. Y si el aya añade, que solo tiene gracia en boca de *les gitanos*, los duques dicen: —¡Oh! si, *les gitanos*.

De esto resulta, que la discípula cede á la necesidad de su maestra, y ya no se habla en la casa ni una sola palabra en español. La geografía, las matemáticas, la historia, el dibujo, la música y la pintura, todo se explica en francés; siendo tal el talento de la profesora, en esto es preciso hacerle justicia, que la niña consigue olvidar de todo punto el español. Idioma que bien mirado, la es de todo punto inútil, porque da la casualidad de que el ayuda de cámara de su padre, las doncellas de la duquesa, el cocher, el repostero, la modista, y el sastre, todos son franceses, y con todos se puede dar á entender hablando la *belle langue* del *don Aurio* y compañía. A mayor abundamiento, todas las gentes que van de visita á la casa hablan francés, y si la niña tuviese algun día la extravagancia de leer el Quijote, para casos semejantes está traducido al francés.

Pero todo esto no hace al caso, y perdonen nuestros lectores; con decir que la niña no se educa como se educó su abuela, basta; lo que nos importa es saber si se casa como ella, ó si como ella vive con su marido, porque en cuanto á la ceremonia del matrimonio, no sabemos que la epístola de San Pablo se haya traducido al francés para hacer las bodas en español. Los mismos juramentos se hacen ahora que entonces, á las mismas cosas se obligan, igual fé se prometen, y bajo iguales condiciones se casan. No creemos nosotros tampoco, que en el círculo aristocrático se hiciesen entonces menos que ahora, los matrimonios por amor,

pero tales parecían después de hechos, y este mundo vive de las apariencias. De todos modos, aquella historia se hundió en el polvo de lo pasado; nube densísima á través de la cual nos hemos propuesto no ver nada nunca, mas por envidia que por lástima. El presente no mas nos pertenece, y á fé que no podemos tenernos por grandes propietarios, y del presente es el matrimonio á la moda que escribimos.

Mientras la duquesita ha aprendido el inglés y el ruso, la geografía y la historia, su madre ha estudiado la historia interior de todas las casas de España; ha repasado la geografía de los estados que poseen los aristócratas solteros, y ha hecho amistad con cuantos principes italianos y lores ingleses han sido presentados á la corte. De entre todos ha elegido uno para yerno suyo, y puesta de acuerdo con sus consuegros futuros, se entablan las negociaciones y se ajustan las bodas sin que se aperciban de ello los contrayentes. Los candidatos, obran en este punto de una manera inocente y pasiva, ni mas ni menos que los pueblos cuando los gobiernos de distintos países se cruzan entre sí notas diplomáticas. Llega un día en que se publica el concordato, y entonces saben las naciones los compromisos que han adquirido.

El novio que la duquesa ha elegido para su hija, anda corriendo cortés y festejando bailarinas durante ese tiempo, y cuando vuelve á Madrid llamado por sus padres para sentar plaza de marido, conoce á su futura esposa; no le parece ni bien ni mal, porque puesto que ha de ser su muger, no vale la pena de examinarla, y prosigue sus devaneos y sus calaveradas, hasta la víspera de la boda; obsequiando damas, y manteniendo doncellas á ciencia y presencia de su novia, que fiel á la cartilla del buen tono, con todos baila, con todos coquetea, y de todos, en fin, admite favores menos del novio. Ya se ve, bien mirado esto es proceder con lógica, porque el favor que va á recibir del que ha de ser su marido, es un favor que dura toda la vida, y tiempo tendrá de paladearle. Sin embargo, la vida se reduce á lo siguiente.

Se casan, y salen fuera de Madrid quince días á pasar la luna de miel; vuelven, y el marido se marcha á Inglaterra á ajustar un tronco de yeguas, ó á escoger un caballo *pur sang*, para las apuestas del Hipódromo. Su esposa mientras tanto va á tomar baños de mar franceses y á respirar un poco de tiempo el aire de París. Allí espera la hora de dar á luz el primer hijo, para evitar que el niño tenga la desgracia de nacer en un país en que casi todos sus habitantes hablan el español. El primogénito viene á España en brazos de una nodriza francesa; desde esos pasa á los de un ayo francés, le bañan todos los años en las aguas de Biarritz, y su madre cuando quiere saber si tiene un hijo, hace memoria de haberlo parido y eso la basta. En cuanto al padre suele verle alguna vez que otra, y sigue haciendo sus viajes á Inglaterra, mientras su muger está en España, y en la época de los baños, viene á Madrid á ver los colonos de sus dehesas en la plaza de toros.

En el padron general de los inquilinos de Madrid, el duque aparece casado, pero en este museo de cuadros matrimoniales no le tenemos por marido. Para casarse de ese modo no se necesita gran vocacion, ni semejantes bodas pueden valer á los maridos el renombre de héroes.

Tampoco hablamos, y bueno es advertirlo, con los pobres que se casan con muger rica, porque esto lejos de ser una boda es una lotería; un préstamo con mas ó menos usura; una herencia, con pocas ó muchas cargas, y es en fin un medio de enriquecerse, mejor ó peor que otro cualquiera, pero un medio al fin. El vulgo dice:

¡Cásate por interés,
y me lo dirás después!

pero no tiene razon, porque bien fácil seria que lo dijese antes de casarse, y algo mejor dicho estaria aunque fuera peor la rima:

Cásate enamorado,
y me lo dirás cuando el amor haya pasado.

¿Sabido por todos que el dinero es el Dios del siglo, y que no hay bajeza que el hombre no haga por adquirir el vil metal, que ha dado en la gracia de no envilecer al que lo tiene, habrá quien compadezca al que se casa por interés, ni quien le considere como casado? Alla va el croquis de otro matrimonio á la moda, que no está comprendido tampoco en los casos de resolución heroica:

Imaginense vds., y es muy fácil de imaginar, un hombre pobre, que naturalmente quiere comer, y juega el último medio duro á la lotería y no le toca ni el premio grande ni ninguno de los pequeños; que no tiene parientes á quienes heredar, y que desesperado se va derecho á casa de un prestamista, y le dice:

—Présteme vd. dinero.
—¿Bajo qué garantías?... pregunta el usurero.
—Mi palabra, mi firma, responde el necesitado.

El usurero se sonríe; es hombre de calma, porque lo son todos, á causa del lastre metálico que no les deja fosforizarse, y cogiéndole por la mano le obliga á leer el cartel que tiene á la puerta de su casa:

Se presta dinero sobre alhajas de oro ó plata y sobre prendas en buen uso.

El pobre no es alhaja de oro ni de plata, ni prenda en buen uso, y ya no le queda otro recurso que el de trabajar si ha de comer; pero no todo el que come es rico, y el trabajo honrado no es generalmente el pa-

dre de los capitalistas. Necesita nuestro hombre buscar otro camino; necesita casarse. Pero no con una muger que le ayude á comer, sino con una que pueda comprar la comida; necesita jugar su libertad al premio grande de la lotería del matrimonio. Le conviene buscar un padre que tenga cien mil duros y una hija única heredera de todo. Este padre no es ni mas ni menos que un prestamista; que en vez de pedir alhajas de oro ó plata, da su dinero sobre una alhaja de carne y hueso, exigiendo por via de interés el nombre y palabra de esposo para su hija. Esto como ven los lectores no es mucho pedir, y mas fácil le es al candidato pagar el interés que le exigen por cien mil duros que convertirse en tenedor, en cuchara, ó en saboneta de plata para alcanzar cien reales. Suele suceder, y sucede, no lo negamos, que como dice el refrán, «la muger rica ella manda y ella grita» y que se acostea y se levanta siempre diciendo que es rica; pero como en esto no dice mas que la verdad, y la verdad paga entre nosotros una contribucion enorme, aun puede el marido gastar á su antojo el dinero de su esposa, y consolarse pensando en que su muger grita dentro de casa, donde nadie la oye por cien mil duros, y el usurero habria alborotado la escalera por miserables cien reales.

Pero ya hemos dicho que esas bodas no son heroicas; la heroicidad consiste en casarse un pobre con una muger idem, para tener media docena de hijos que no sean ricos. Esos son los únicos que lamen la miel y la hiel del matrimonio, y el prototipo de todos ellos es el nunca bien ponderado don Ferico Derretido, yerno futuro de la mas envidiable de las suegras presentes, pasadas, y futuras, doña Casiana Casariego, viuda de Casa-Robles.

Perico cerró los oídos en el café, vds. lo saben, á los consejos de sus amigos; regañó con su patrona por que le dió á leer aquella comedia titulada: «Antes que te cases mira lo que haces», y se fué á buscar á un amigo, compañero de oficina, por mas señas, que aun no ha cumplido un mes de casado, y que asegura que la felicidad no existe fuera del matrimonio. Lo cual no explica si es la muger la que la lleva, en cuyo caso pudiera guardarla para ella y su madre, ó si la aportan al matrimonio por partes iguales, ó si finalmente es el hombre el que la tiene consigo; lo cual supone una rara abnegacion que no podemos admitir, porque superarian en virtud á aquellos ciudadanos de la antigüedad que se condenaban á morir después de haber criado á sus hijos.

Locierto es que Perico ha rogado á su amigo que sea su Mentor en tan criticos momentos, y que después de haber ido al correo á sorprender la carta en que venia la fé de bautismo que Derretido pidió al cura de su pueblo, y de llevarla juntamente con la de su futura á la vicaria para no perder tiempo, andan ganando calles en busca de casas desahucadas, porque lo primero que le ha dicho á Perico su amigo, es aquel manoseado refrán de que «el casado, casa quiere.» Una le parece grande, otra pequeña, alguna cara, ninguna barata, y ya por fin se fijan en un modesto cuarto con la efectividad de quinto, y el grado de tercero, en la calle del Desengaño. Perico tiene ciertos humos elegantes, mal desprendidos de seis mil reales, valor de una anualidad que le han anticipado por via de préstamo, y no le parece bien ni el nombre de la calle ni el cuarto; pero su amigo le dice que las casas se ponen poco á poco, y que el que empieza por mucho acaba por nada, y Perico se convence y toma la casa, sin perjuicio de la sancion de la suegra por boca de la niña.

Al salir de la oficina piensa Perico acompañarlas á ver su futura vivienda, y hasta que llega la hora de entrar al trabajo, se vuelve con su amigo á la vicaria, y allí le sigue el autor de estos cuadros, no sin tomar primero todas las precauciones necesarias; porque el aire que allí se respira es contagioso como el de las viruelas, y tanto el que está vacunado como el que no, todos peligran.

Pero suponemos que el lector nos hará la justicia de creer que no vamos á darle la vicaria en este cuadro. Habiendo tantos lienzos en la galería, ¿no habíamos de destinar uno para el asunto mas grande de la obra? Pues qué ¿se trata de una suegra, ni de dos, ni de ciento? Se trata nada menos que de la madre natural y legítima de todos los matrimonios, y no es retrato para hecho de prisa ni á grandes rasgos.

Ya hemos tomado la resolución heroica y vamos á pasar el umbral de la vicaria. Mientras se prepara el lienzo, ruego á los lectores que cada cual encomiende al santo de su devoción la libertad del pobre Perico. El me la ha entregado para que sin dilacion la pase á poder del vicario, y yo he resuelto tenerla al aire hasta la próxima Semana.

ANTONIO FLORES.

FABRICACION DEL PAPEL.

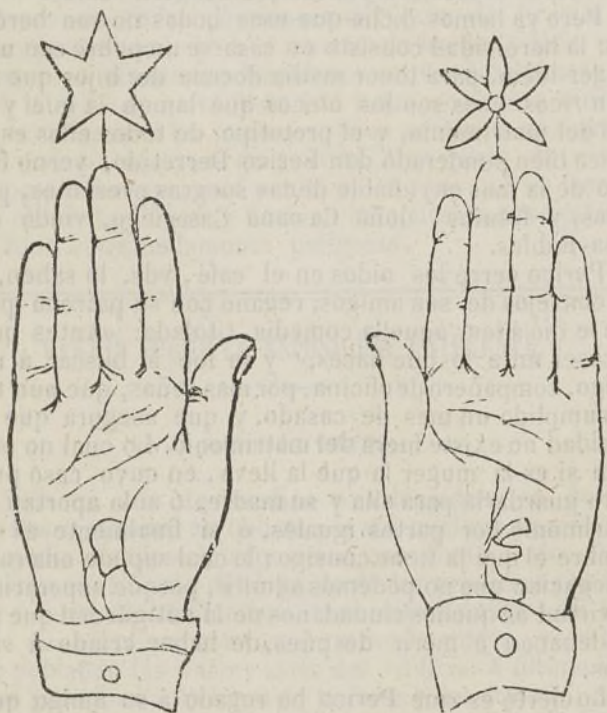
Nadie ignora cual es, hace muchos siglos la importancia de la fabricacion del papel; inútil seria disertar mucho tiempo acerca de su origen; pocas personas ignorarán que el papel toma su nombre de una planta célebre de la antigüedad y que crecía en Egipto en las márgenes del Nilo.

Con efecto, los egipcios fueron los primeros que imaginaron, utilizando el papiro, transmitir su especial escritura sobre un tejido de cierta forma, por decirlo así, comercial y al alcance de todos: antes de ellos

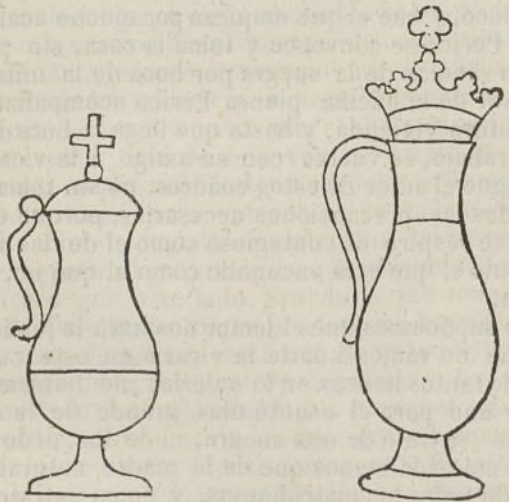
las piedras, las hojas y las cortezas de los árboles sin preparacion, los metales y otra multitud de sustancias, todas ellas incómodas, estaban destinadas á un mismo uso; pero no podian esperar el mismo objeto. El papiro, que repetimos, sirvió para reemplazarlas, es una especie de caña, cuyo tallo de forma triangular, piramidal, de siete á diez codos de altura, está situado sobre una raíz tortuosa; el procedimiento que servia para extraer de este arbusto el papiro egipcio, consistia simplemente en separar, por medio de una aguja, las capas concéntricas de la caña, con el fin de obtener de diez á doce hojas muy delgadas y estrechas, pero que encoladas y sobrepuestas, concluian por dar un papel bastante grande, pero poco espeso.

De este modo, y otras veces despues de haber sido colado con la flor de la harina desleida en agua, este papel egipcio se espedia en todas las partes del mundo civilizado.

La Italia sobre todo, bajo el emperador Augusto, recibia de él cantidades considerables, y viniendo á ser en Roma objeto de una nueva industria sufría á cada



paso numerosas preparaciones destinadas á darle fuerza, estension y belleza. Pero á pesar de sus ventajas, el papiro egipcio tenia defectos que contribuyeron á que fuese abandonado por nuevos descubrimientos. y así es que en la edad media desapareció completamente y fué reemplazado por un tejido, cuya primitiva materia, el algodón, debía ser tratada por procedimientos mas complicados que los que exigia el papiro egipcio, puesto que se trataba de crear un tejido que en este último se encontraba naturalmente formado. En el siglo XI, el papel algodón estaba ya muy propagado en el imperio de Oriente, donde la fabrica-



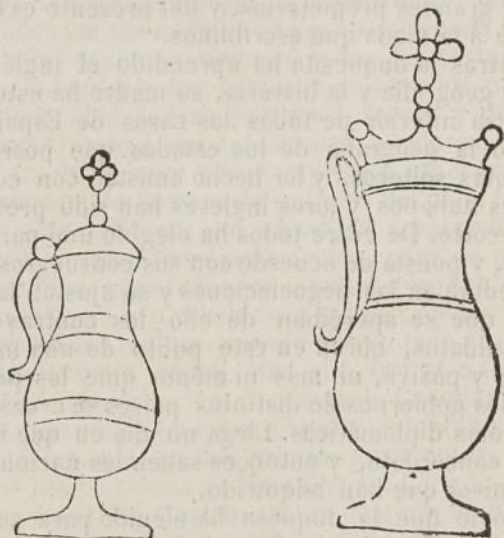
cion, que aun hoy se efectua, no daba abasto á los consumidores.

Hoy se fabrica el papel en la mayor parte de Europa con los despojos del algodón; en una palabra, con trapos viejos. Hablaremos del papel de China tan notable por su finura, su belleza y su brillo argentino, y cuyas cualidades reunidas no se han podido obtener todavía en Europa á tan alto grado.

Los chinos son los primeros que han fabricado papel de pasta; le hacen desde tiempo inmemorial con diferentes sustancias; una de las que mas emplean es una especie de bambú; para extraer del cual papel no se toma mas que la segunda película, que es tierna y blanca, la maceran en el agua, y la baten hasta que la ven reducida á pasta; se muele esta última, se secan las hojas que provienen de ella, las colan, luego hacen que sufran diferentes preparaciones necesarias para darles la hermosa apariencia que realmente tienen.

En el papel de China luce perfectamente la impresion; tambien se emplea en mucha cantidad en Europa para adornar las ediciones de lujo, y la tinta ligeramente gris que posee siempre, lejos de dañarle, da al contrario mas precio á los grabados.

La principal materia que se emplea hoy para la fabricacion del papel, son los trapos de toda especie y de todos los colores. Su empleo es tan considerable que únicamente la busca de esta insignificante materia su-



ministra la subsistencia de un gran número de individuos.

Los trapos que recibe el fabricante se depositan en un grande almacén, y reclaman un trabajo preliminar destinado á separarlos segun su finura, su composicion y su blancura. Las distintas modificaciones que se obtienen de esta manera, se reservan para obtener productos mas ó menos bellos, mas ó menos colorados.

Esta operacion se efectua sobre una máquina especial que facilita la espulsion de las materias terrosas y estrañas, hace además la division de los trapos grandes y la separacion de todas las partes duras que puedan presentar; conducidos en seguida á otra pieza se reducen á pequeños pedazos, bien con un cuchillo mecánico, y es lo mas general, ó con la mano. Despues de esta operacion, se hacia, y se hace todavía, en algunas fábricas sufrir á los trapos una manipulacion detestable que consiste en hacerlos podrir con el objeto de despegarlos y de hacer por este medio mas fácil su division. Independientemente de su insalubridad, este modo de trabajar produce á menudo malas consecuencias por la destruccion del mismo tejido. En el nuevo sistema de fabricacion se ha desechado completamente esta operacion infecta, así como los groseros utensilios semejantes á morteros que sirven algunas veces todavía para triturar las primeras materias.

Luego se somete el trapo al lavado de legía y queda perfectamente blanco. Este lavado que se efectua en grandes cubas de madera calentadas al vapor, va seguido de otro lavado de agua pura; y la materia, despues de haber abandonado una parte de su agua por una lijera presion, se conduce á una especie de cuartos contruidos de pino con doble fondo lleno de agujeros, ó á numerosas cajas herméticamente cerradas, donde se lleva cloro, un gas preparado, y cuya principal propiedad es la de emblanquecer los tejidos húmedos con energia; despues de una reaccion de veinte y cuatro á treinta y seis horas, el trapo desagregado, y de una excelente blancura, se trasporta á las pilas de hilado, máquinas mucho mas poderosas que los pilones que reemplazan.

Estas máquinas que modifican el trapo y que hacen



mover una fuerza de cuatro ó cinco caballos, se componen de un cilindro de madera armado de planchas y colocado encima de una platina metálica; esto es, entre el cilindro animado de una grande rapidez, y la platina inmóvil, donde el trapo nadando en agua se ve obligado por el movimiento de rotacion continua que

se le imprime, á presentarse continuamente para ser despedazado.

El método de fabricacion que hemos indicado hasta ahora no es seguido siempre de la misma manera.

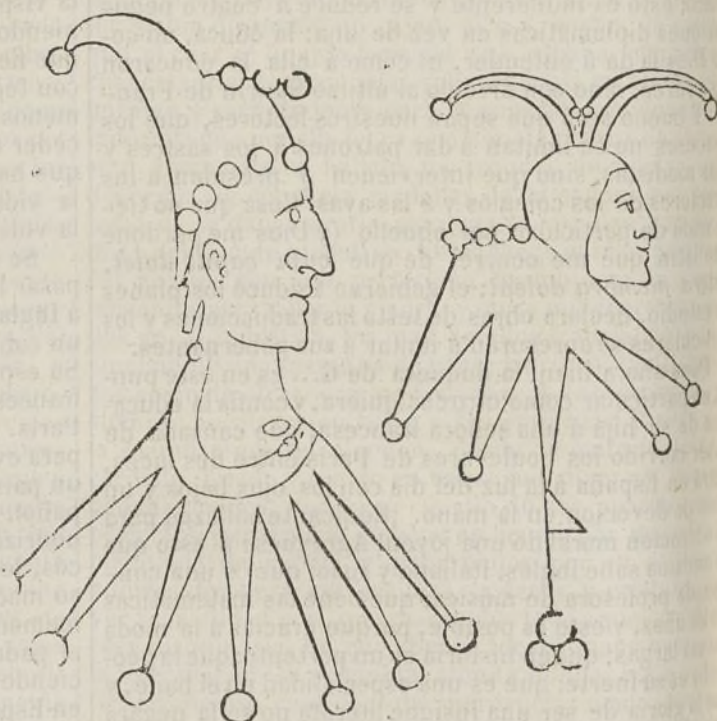
Se emplean otros métodos en diferentes fábricas para producir cierta clase de papel de calidad enteramente superior.

Hoy en la mayor parte de las fábricas grandes se emplean para la confeccion del papel hermosas máquinas, cuyo trabajo normal equivale á un número de obreros considerable. Nosotros presentamos el dibujo de una de estas máquinas que bastará para dar á conocer su trabajo. (Véanse las figuras 1.ª, 2.ª, 3.ª)

Nos ha sido indispensable entrar en estos detalles seguramente muy áridos; pero hemos preferido en una descripcion tan importante como la de la fabricacion del papel, sacrificar la parte literaria á la parte industrial; se trataba de dar una explicacion que estuviese al alcance de todos.

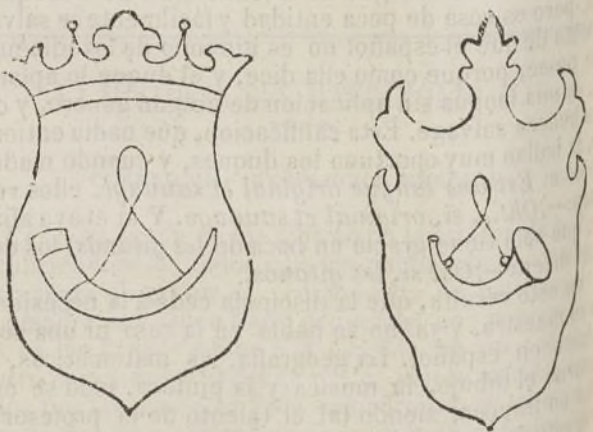
Pero no queremos terminar nuestro trabajo sin dar antes una sencilla noticia acerca de las diferentes disposiciones que se han dictado con relacion á la fabricacion del papel. Esto revela la importancia que ha tenido en todo tiempo y en todas partes este género de industria, sin la cual el descubrimiento de la imprenta hubiera sido casi inútil.

Limitémonos, pues, á dar á conocer, aunque someramente, la legislacion que en otro tiempo existia sobre la fabricacion del papel, hoy tan libre y tan progresiva.



Se lee en un decreto de 1739. «S. M. hace espresa prohibicion de fabricar papel ó cartones en los molinos, cuyas pilas ú otras máquinas y pudrideros, estén al descubierto y espuestos á las injurias del aire y del polvo, bajo la pena de 300 ducados de multa contra los propietarios de los molinos que los hayan alquilado en tal situacion, y 100 ducados contra los dueños fabricantes.

«Los dueños fabricantes estarán obligados á poner



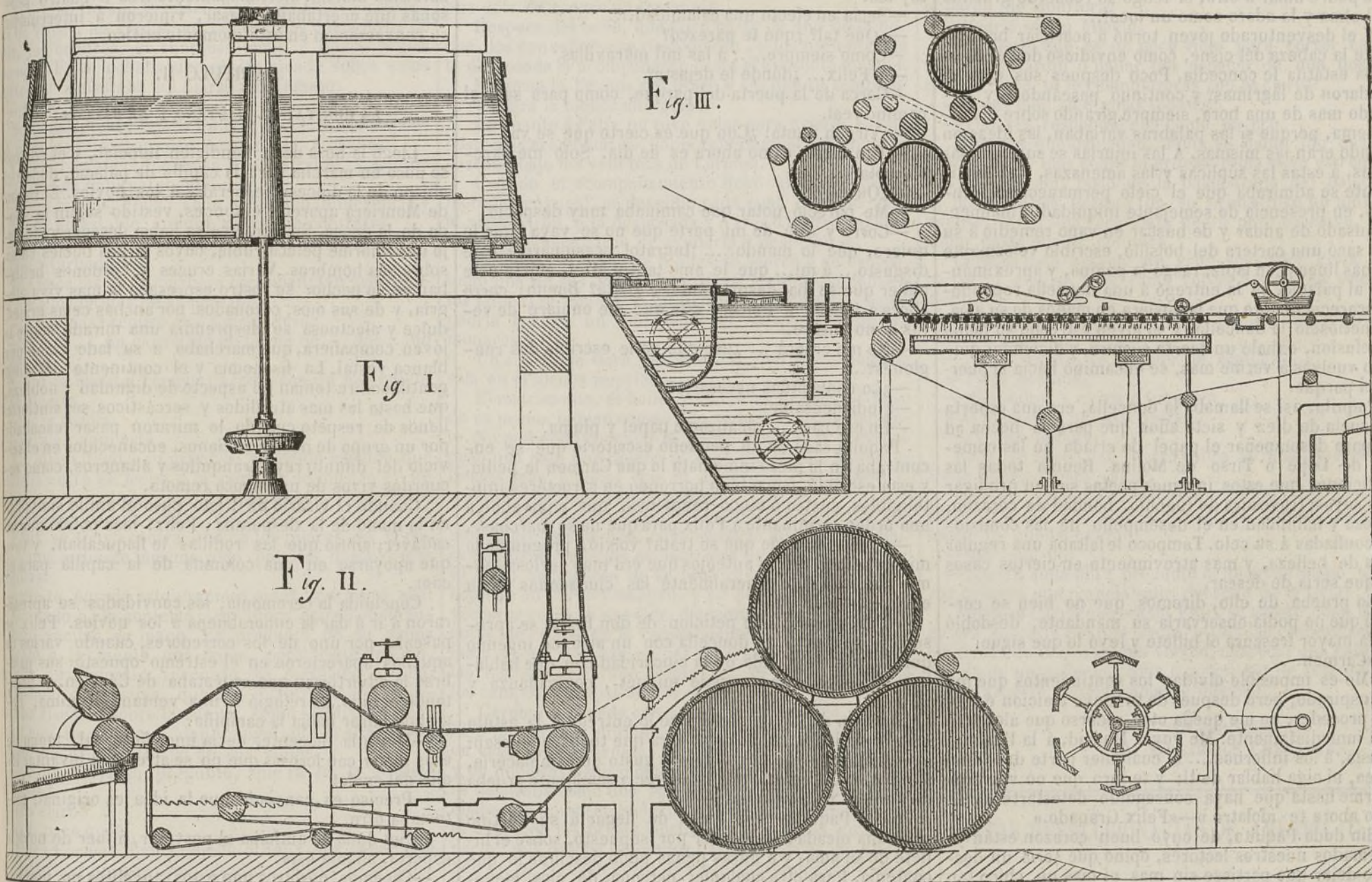
en medio de cada hoja de las diferentes clases de papeles que fabricaren, la marca de costumbre para designar cada especie de papel, y en medio del otro lado de la dicha hoja, en carácter de cuatro á seis lineas de altura, la primera letra del nombre y apellido de cada fabricante, bajo pena de confiscacion de los papeles, de 4,000 ducados de multa, y de escluirle para siempre de la industria de la fabricacion y comercio del papel.»

Los objetos representados por estas marcas, han dado su nombre á las diversas clases de papel.

Papel de las manitas, papel de los jarrones, papel del arabesco, papel del arlequin, papel del escudo, etc. De cada una de estas maneras presentamos nosotros una muestra en los adjuntos grabados, así como una máquina de vapor de doble efecto tambien para la fabricacion del papel, cuyos resultados han sido no hace mucho cumplidamente satisfactorios.

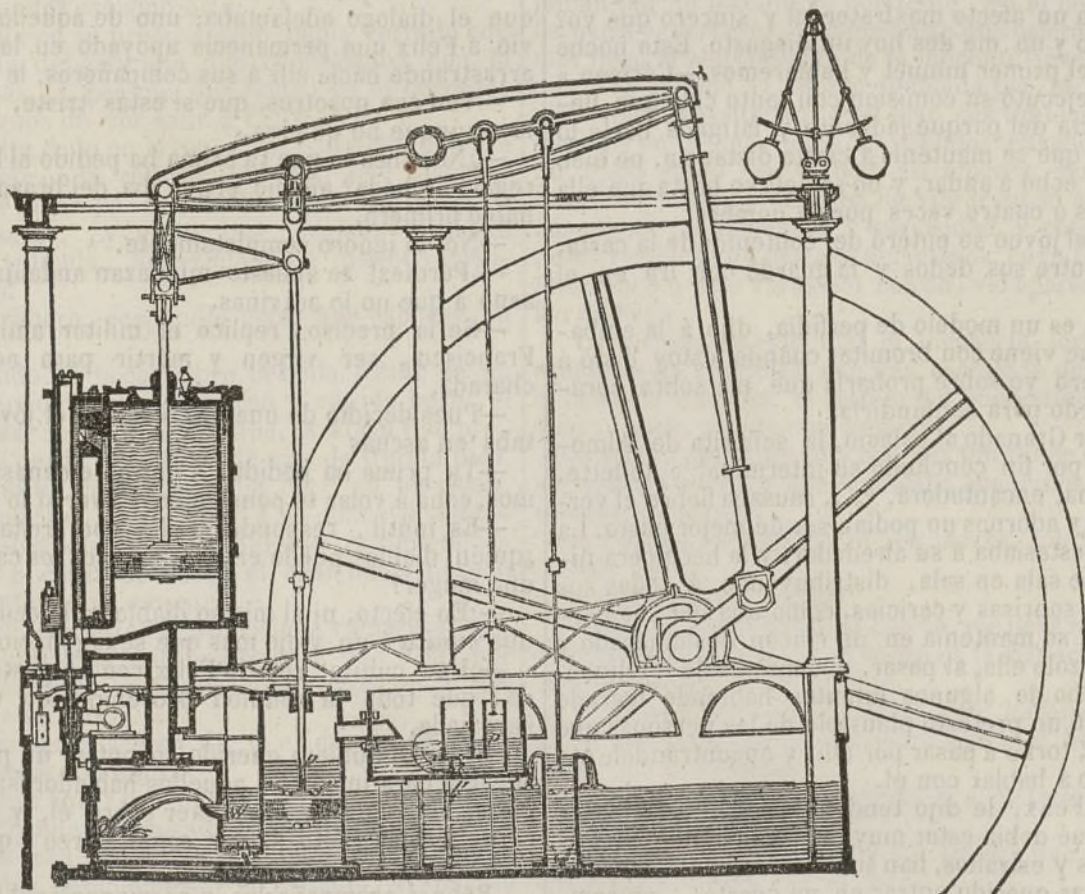
Tanto España como Francia posee actualmente un gran número de estas máquinas, las cuales, aunque el talento de los ingenios civiles mejora de dia en dia, están, sin embargo, lejos de haber llegado al último grado

do de perfeccion, y el mal uso que hacen de ella mu- | cuya construccion se elevaba á la época de la invasion | taba grande animacion. Apenas habia asomado el sol
chos fabricantes comienza á labrar el descrédito sobre | sarracena. Un escudo de piedra adornaba la fachada | por el horizonte, y ya una multitud de aldeanos, ves-



Máquina para la fabricacion de papel continuo.

los papeles llamados mecánicos. Mas este descrédito | de la puerta principal, y un parque delicioso rodeaba
desaparecerá con el tiempo; las máquinas de papel se- | el edificio. Espléndidos jardines se extendian á dere-



Máquina de vapor á doble efecto.

tidos con sus trages *domingueros*, vagaba por el par-
que; los lacayos iban y venian; los jardineros y guar-
das conducian grandes canastas de flores y de frutas.
Numerosos coches inundaban las avenidas del castillo,
y de ellos descendian hermosas señoras elegantemente
vestidas y acompañadas de caballeros, cuyo traje in-
dicaba tambien que acudian á una fiesta. En suma, to-
do era ruido y movimiento en derredor, discursos ga-
lantes y amables sonrisas, felicitaciones y cumplimien-
tos; cantos festivos y conversaciones á media voz, en
las que se dejaba traslucir que los interlocutores se
abandonaban al dulce placer de la murmuracion, ora
cortando un sayo á los demas, ora ocupándose de los
dueños de la casa.

El sol derramaba su luz sobre aquellos animados
grupos; los árboles mecian sus hojas, y la brisa de la
mañana perfumaba con sus alas de rosa cuantos obje-
tos encontraba en su camino.

Aquel tumulto, aquellas sonrisas, cumplimientos y
conversaciones, reconocian por origen el próximo hi-
men de la señorita doña Carmen Almohaya con don
Francisco Maria de Llanes, baron de Monrera.

En el momento en que todos los convidados habian
llegado al castillo, á las doce de la mañana, dos escenas
diversas mantenian lejos uno de otro á los dos princi-
pales personajes de esta veridica historia.

En la parte mas retirada de los jardines un jóven se
paseaba á largos pasos, deteniéndose á intervalos de-
lante de una fuente donde se veia una estatua de Le-
da, cuyos lábios de mármol acariciaba un cisne. El jó-
ven suspiraba á menudo, se pasaba la mano por la fren-
te, y parecia luchar con terribles y encontrados pen-
samientos. El encage arrugado de sus puños y peche-
ra, el sombrero inclinado hacia atrás, su corbata al tra-
vés, y por último, su semblante pálido y contraído, y
sus miradas húmedas y ardientes, denotaban la exal-
tacion febril de su ánimo. Necesariamente aquel jóven
debía estar enamorado.

Muy enamorado.... porque iba y venia, ora dete-
niéndose de pronto é hiriendo el suelo con el pie; ya
parándose delante de la estatua y apoyando en su he-
lado seno su abrasada frente. Luego tornaba á caminar
y á hablar solo, como les acontece á las personas do-
minadas por un gran sentimiento.

—¡Ingrata!... ¡pérfida!... se decia; engañarme así;
traicionarme de un modo tan vil, á mí, que hubiera da-
do hasta la última gota de mi sangre por ella!... ¡Ah!
tenia razon mi primo el capitán de cazadores; todas las
mugeres son volubles y traidoras, y Carmen mas que
ninguna.... No importa, yo me vengaré, yo castigaré
su perfidia matándome á su vista; así podrá valorar el
tesoro de amor y ternura que encerraba mi corazon....
¡Matarme!... añadió en seguida descargando un fiero
golpe sobre el pobre cisne de piedra que ningun mal
le habia hecho; ¡matarme! eso es lo que ella quisiera
para reirse luego de mi necesidad. No, no, viviré, haré

ODIO DE AMOR (1).

NOVELA.

CAPITULO I.

UN CASAMIENTO Y OTRAS COSAS.

En un valle de la provincia de Castilla la Vieja, á
fines del siglo pasado, todavía el viajero alcanzaba á
divisar un soberbio palacio, castillo en otros tiempos,

cha é izquierda, y acababan de completar el aspecto
pintoresco de aquella morada feudal.

Hoy nada queda del palacio, del parque ni de los
jardines; la especulacion ha pasado por allí, y el terre-
no, dividido en pequeñas porciones, ha sido adjudica-
do al mejor postor. La onza de oro, trocada en sucias
monedas de dos cuartos, no deslumbra ni fascina ya
los ojos.

En este palacio, pues, el 45 de junio de 47.... se no-

sieur Achard, con el titulo de *Mademoiselle de la Mancelliere*.
Ademas de haberla reducido notablemente, descartándola de al-
gunos episodios inútiles ó inaplicables en España, y variado el
plan, hay en ella fragmentos, y hasta un capítulo entero (el IX)
completamente originales. Hacemos esta advertencia, porque
ODIO DE AMOR forma parte de una coleccion de novelas imita-
das y refundidas del francés que pensamos publicar, y dese-
amos que nuestros lectores juzguen por esta muestra de la in-
dole de la obra que les ofrecemos, y las personas inteligentes
puedan apreciar nuestro trabajo en lo que valga, si es que va-
le algo.

(1) La presente novela, mas que una traduccion, puede
considerarse como imitacion de otra francesa, escrita por mon-

el amor á toda clase de mugeres, la humillará con mis triunfos, y aunque me muera de dolor no volveré á mirarla á la cara.... Mas ¡ay!... ¡cómo podré olvidarla, cómo podré amar á otra, si tengo su recuerdo grabado en el alma y la adoro como un loco!...

Y el desventurado joven tornó á acariciar bruscamente la cabeza del cisne, como envidioso de los besos que la estatua le concedía. Poco después sus ojos se inundaron de lágrimas, y continuó paseándose y hablando mas de una hora, siempre girando sobre el mismo tema, porque si las palabras variaban, las ideas en el fondo eran las mismas. A las injurias se sucedían las quejas, á estas las súplicas y las amenazas, y el infeliz amante se admiraba que el cielo permaneciese tranquilo, en presencia de semejante iniquidad. Finalmente causado de andar y de buscar en vano remedio á su mal, sacó una cartera del bolsillo, escribió velozmente algunas líneas con lapiz, rasgó la página, y aproximándose al palacio, se la entregó á una doncella rogándole la encarecidamente que la pusiera en manos de su ama. Prometiéndole la doncella, y el joven estrechó su mano con efusión, exhaló un fuerte suspiro, y diciendo: quizá no vuelvas á verme mas, se encaminó hacia la puerta del parque.

Paquita, así se llamaba la doncella, era una esperta rapazuela de diez y siete años que parecía hecha ad hoc para desempeñar el papel de criada en las comedias de Lope ó Tirso de Molina. Reunía todas las condiciones que estos insignes poetas suelen prodigar á las suyas; travesura de ingenio, bondad de corazón, lijereza y habilidad en el desempeño de las comisiones confiadas á su celo. Tampoco le faltaba una regular dosis de belleza, y mas atrevimiento en ciertos casos del que sería de desear.

En prueba de ello, diremos que no bien se cercioró que no podía observarla su mandante, desdobló con la mayor frescura el billete y leyó lo que sigue.

«Cármén:

«Me es imposible olvidar los sentimientos que me has inspirado; pero después de tu aleva traición é inícuo proceder, no me queda otro recurso que alejarme de ti inmediatamente. Me voy á Madrid, á la Habana, á Rusia, á los infiernos... á cualquier parte donde no te vea, ni oiga hablar de ti; y te juro que no volverás á verme hasta que haya conseguido detestarte tanto como ahora te idolatro.»—«Felix Granado.»

Sin duda Paquita, de cuyo buen corazón están ya informados nuestros lectores, opinó que sería un desatino dejar que partiese sin mas ni mas un chico tan apreciable como Felix; porque echó á correr y no paró hasta llegar á la habitación de su ama. El recuerdo del postrer ajeton de manos, y la frase fatídica: *tal vez no vuelvas á verme mas*, prestaban á sus pies la lijereza de Atalanta.

Mientras que esto pasaba en el jardín, Cármén se encontraba en su cuarto muy atareada con su traje de novia.

A su alrededor estaban agrupadas una porción de personas, que se estorbaban mutuamente so pretexto de prestarse ayuda: á la simple vista se divisaba media docena de doncellas, otras tantas amigas de colegio, dos ó tres tías y algunas otras señoras, restos venerables de la corte de Fernando VI. Todas, jóvenes y viejas, daban su opinion á la vez: una pedía alfileres, otra preguntaba por la cinta que tenía en el bolsillo del delantal; esta preparaba un lazo; aquella arreglaba un bucle, y todas hablaban á un tiempo, todas se agitaban y vagaban de aqui para alli sin hacer nada.

Cármén estaba volada: sobre las sillas y el sofá yacían amontonados vestidos, medias de seda, velos y adornos para engalanar á diez novias; y encima del tocador, abanicos, brazaletes, pendientes y otras joyas de valiosa pedrería. No obstante, después de cuatro horas de ensayos y controversias, casi habían llegado á ponerse de acuerdo las que se encargaran de vestirla, y la señorita de Almohaya se pavoneaba entre ondas de seda y encage, cuando entró la mensajera de Felix.

—«Creo, decía una de sus amigas, que un lazo aquí —y señalaba los hombros.—vendría perfectamente.

—«Dadme un alfiler para asegurar este pliegue, añadia otra.

—«Un lunarcito en la megilla, te sentaría muy bien, Cármén, repetía una de las viejas.

Y Cármén inmóvil, encendida, se prestaba á todo, y no manifestaba su impaciencia, sino golpeando suavemente el suelo con la punta de su pequeño pie, aprisionado en una linda botita de raso. Ya había roto cinco pares de guantes al ponérselos, y al sexto le aguardaba la misma suerte, cuando Paquita deslizándose como una serpiente, pudo abrirse camino y colocarse á su lado.

Inclinóse la joven sobre el tocador para coger un pañuelo, y su doncella la dijo al oído:

—«Señorita, tengo en mi poder una carta que don Felix me ha entregado para vos.

—«¡Una carta de mi primo!

—«Tomadla repuso Luisa, entregándosela envuelta en el pañuelo que su ama iba á coger.

—«¡Dios mío! ¿qué quiere, qué se propone?... ¡La ocasión es la mas á propósito para escribirmel

—«Estaba muy triste, y creo que se marcha....

—«¿Qué es eso?... preguntó una señora que gastaba anteojos.

—«Don Felix, primo de la señorita, le ruega que le reserve la primera contradanza

—«Es natural, pobres niños, murmuró la vieja con aire contrito.

—«Felix es medio loco, dijo Cármén á su camarera. De seguro que me hará llorar hoy, y luego tendré los ojos encendidos y mis buenas amigas dirán que estoy fea.

—«Sería en efecto una calamidad....

—«¿Qué tal? ¿qué te parece?

—«Como siempre.... á las mil maravillas.

—«Y Felix... ¿dónde le dejaste?

—«Cerca de la puerta del parque, como para salir al camino real.

—«¡Virgen Santa! ¿Con que es cierto que se va?

—«Tan cierto como ahora es de día. Solo me pareció notar....

—«¿Qué?

—«Me pareció notar que caminaba muy despacio.

—«Corre y dile de mi parte que no se vaya, que lo quiero, que lo mando.... ¡Ingrato! ocasionarme este disgusto... á mi... que le amo tanto! Mira, sujeta este alfiler que se ha desprendido... ¿Está? Bueno: corre ahora á buscar á Felix, y dile que me enojaré de veras si no vuelve.

—«No me creerá.... ¿por qué no le escribis dos renglones?...

—«¿Lo conceptuás necesario?

—«¡Indispensable!

—«En ese caso.... alcázame papel y pluma.

Paquita sacó de un pequeño escritorio que se encontraba en la pieza inmediata lo que Cármén le pedía, y esta escribió, ó mas bien borroneó en caracteres ininteligibles, cuatro ó cinco renglones, que equivalían á una orden terminante á Felix para que no se marchase.

—«¿Qué es eso, de qué se trata? volvió á preguntar la misma señora de los anteojos que era muy curiosa, como suelen serlo generalmente las ciudadanas de su edad.

—«La respuesta á la petición de don Felix, se apresuró á contestar la doncella con un aire tan ingenuo que á nadie dejó duda de la sinceridad con que hablaba; ni señorita le concede minuet, contradanza y gabota.

Cármén dobló el papel y se lo entregó á la astuta criada, diciendo en voz alta para que todos la oyesen:

—«Asegúrale que tengo mucho gusto en complacerle, aunque es un ingrato que no merecia semejante prueba de aprecio y distinción.

Salió Paquita; pero antes de llegar á su destino echó una ojeada, sin querer por supuesto, sobre el billete de su ama, y á duras penas pudo descifrar lo que contenía. Para otra cualquier persona, de ojos menos listos que los suyos, aquella carta hubiera sido un insoluble logogrifo. Traducida literalmente: decía así:

«No he leído tu misiva, pero adivino su contenido. Eres un ingrato á quien debía aborrecer, y no obstante te amo con alma y corazón. Quieres irte, ¿y por qué? ¿A dónde encontrarías un palacio mejor que este? ¿Quién te profesaría un afecto mas fraternal y sincero que yo? No seas loco y no me des hoy un disgusto. Esta noche bailaremos el primer minuet y hablaremos.»—Cármén.

Paquita ejecutó su comision con tanto celo que llegó á la puerta del parque jadeante y fatigada hasta lo sumo; Felix que se mantenía á cierta distancia, no bien la apercebido echó á andar, y no se detuvo hasta que ella le llamó tres ó cuatro veces por su nombre.

Cuando el joven se enteró del contenido de la carta, la estrujó entre sus dedos y la guardó con ira en el bolsillo.

—«Tu ama es un modelo de perfidia, dijo á la embajadora; se me viene con bromitas cuando estoy dado á Satanás; pero yo sabré probarla que me sobra corazón. Me quedo para confundirla.

Al volver Granado al palacio, la señorita de Almohaya había por fin concluido su interminable toilette. Estaba divina, encantadora, y.... causaba fiebre el verla. Su traje y adornos no podían ser de mejor gusto. La multitud se estasiaba á su alrededor, y la hechicera niña pasaba de sala en sala, distribuyendo á todas sus compañeras sonrisas y caricias, como una flor sus perfumes. Felix se mantenía en un rincón deslumbrado y confuso: lanzóle ella, al pasar, una mirada de inteligencia, y al cabo de algunos minutos habiendo logrado evadirse con un pretexto plausible de las personas que la rodeaban, tornó á pasar por alli, y encontrándole solo se detuvo á hablar con él.

—«Sabes Felix, le dijo tendiéndole afectuosamente la mano, ¿qué debía estar muy enojada contigo?... Todos, propios y estraños, han subido á cumplimentarme; tú solo no has querido entrar en mi cuarto.... en cambio me has escrito una carta que.... la he roto, y no quiero acordarme de su contenido. Hablemos de otra cosa. ¿Cómo me encuentras hoy?...

—«Hermosa como nunca, respondió el desdichado amante con un profundo suspiro.

—«¡Con que tono lo dices! ¡Ave Maria!... parece que te causa pena. ¿Por ventura has empezado ya á aborrecerme como me anunciabas en tu amable epístola?

—«¡Oh, no! repitió Felix. Tú eres quien ya no me amas.

—«Pruebas tienes de lo contrario.

—«¿Pruebas?... di, ¿no vas á casarte con don Francisco Maria de Llanes?

—«Hoy infaliblemente.

—«¿Y le entregas tu mano con placer?

—«¡Ha sido tan bueno conmigo!

—«Pero considera, Cármén, que cuando seas su mujer, no podrás amarme.

—«¿Y por qué?

Al pronunciar estas palabras, la inocente joven fijó en los de Felix sus grandes ojos negros, en los que

resplandecía la pura y casta llama de la ternura y el candor.

Felix no supo que contestar: aquel *por qué* le embrazaba mucho, afortunadamente tres ó cuatro personas que acertaban á pasar, vinieron á interrumpir su conversacion en este momento critico.

CAPITULO II.

LA CUNITA, EL CASTAÑO Y EL BALCON.

Llegó la hora de la bendición nupcial, y el cortejo se puso en marcha para la capilla de palacio, donde el obispo de la diócesis esperaba á los novios. El baron de Monriera apareció entonces, vestido segun la moda de la época. Su frente calva había desaparecido bajo una enorme peluca rubia, cuyos largos bucles caían sobre sus hombros. Varias cruces y cordones brillaban en su pecho: su rostro espresaba la mas viva alegría, y de sus ojos, coronados por anchas cejas grises, dulce y afectuosa se desprendía una mirada sobre la joven compañera, que marchaba á su lado como una blanca vestal. La fisonomía y el continente del viejo gentilhombre tenían tal aspecto de dignidad y nobleza, que hasta los mas aturridos y sarcásticos se sintieron llenos de respeto cuando le miraron pasar escoltado por un grupo de nobles ancianos, encanecidos en el servicio del difunto rey, tranquilos y altaneros, como recuerdos vivos de una época remota.

Cuando el vicario de Cristo puso el anillo simbólico en la mano de la desposada, Felix, mas pálido que un cadáver, sintió que las rodillas le flaqueaban, y tuvo que apoyarse en una columna de la capilla para no caer.

Concluida la ceremonia, los convidados se apresuraron á ir á dar la enhorabuena á los novios. Felix se paseaba por uno de los corredores, cuando varios de aquellos aparecieron en el extremo opuesto: sus palabras le advirtieron que se trataba de Cármén, y presintiendo el oído, se refugió á una ventana próxima, fingiendo mirar hacia la campiña.

—«Miren la inocente, decía uno, fuese vd. luego de esas niñas candorosas que no se atreven á levantar los ojos del suelo!

—«Preciso es convenir que la idea es original; contestaba otro.

—«Sin duda se anticipa al porvenir, á fuer de novicia esperta, añadía éste.

—«Creemos nosotros que estos angelitos no piensan en nada, y piensan....

—«¡Hasta en lo imposible! exclamaba un militar, intimo amigo del novio.

—«¡Bah! no hay milagros que no puedan esperarse de unos ojos tan seductores.

Las carcajadas y los murmullos crecían á medida que el diálogo adelantaba: uno de aquellos aturridos vió á Felix que permanecía apoyado en la ventana, y arrastrando nácia allí á sus compañeros, le dijo:

—«Ven con nosotros, que si estás triste, te haremos reir aunque no quieras.

—«¿No sabes lo que tu prima ha pedido al baron como regalo de boda? añadió el que iba del brazo con el que habló primero.

—«No, lo ignoro completamente.

—«¡Pardiez! te apuesto mi alazan andalúz contra un asno á que no lo adivinas.

—«Sería preciso, replicó el militar amigo de don Francisco, ser virgen y mártir para adivinar esa charada.

—«Pues decidlo de una vez, exclamó el joven, que estaba en ascuas

—«Tu prima ha pedido, á guisa de canastilla.... vamos, échala á volar tu pensamiento á ver si lo adivinas.

—«Es inútil, respondió Felix con irritado acento: ¿quién diablos puede enumerar todos los caprichos de una muger?

—«¡En efecto, ni al mismo diablo se le ocurriría pedir una cunita á un viejo mas que sexagenario!

—«¡Una cunita! repitió Felix con un gesto tan cómico, que toda la reunion prorumpió en una sonora carcajada.

El joven hubiera querido encontrar un pretexto razonable para insultar á aquellos habladores; pero conoció el ridículo que iba á caer sobre él, y se limitó á sonreírse con tanto placer como el reo á quien llevas á dar garrote.

Rehusó acompañarlos, y permaneció alli como si esperase algo; á poco creyó divisar en las piezas superiores, donde daba la habitación nupcial, el vestido de Cármén. Cruzó el pasadizo, subió la escalera, y anduvo rondando por alli; mirando por el ojo de las cerraduras, como un ladrón que teme ser sentido. El recuerdo de la cunita estaba fijo en su cabeza y trastornaba todas sus ideas.

De pronto se abrió la puerta, y apareció Cármén. Felix se estremeció.

—«¿Qué haces aqui? le preguntó aquella con la mayor naturalidad. Apuesto á que quieres ver mi alcoba nupcial?

—«¡Ciertamente, y si me lo permites....

—«¡Shps! murmuró ella poniéndose el index sobre los labios con un gesto encantador; mi tia me lo ha prohibido; parece que no se abrirá hasta la tarde. Pero no sabrá nada, ven.

Y así diciendo, cogió á Felix de la mano, y le introdujo en el aposento. Paquita, que seguía siempre las huellas de su ama, y le guardaba las espaldas, quedó de centinela en la puerta.

—Mira, añadió Carmen parándose en medio de la alcoba: ¿verdad que todo es muy bonito y que hace honor a la inteligencia y buen gusto del barón?

Al propio tiempo le enseñaba los muebles incrustados de nácar, los riquísimos tapices, las colgaduras de seda, los cuadros, el suntuoso lecho y demás regios adornos. Felix echaba una rápida ojeada sobre estos objetos, y contestaba sin fijarse en ninguno:

—¡Soberbio, magnífico!....

Su pensamiento estaba en otra parte, y sus inquietas miradas buscaban algo en todos los rincones.

Carmen se apercibió de su aire distraído, y le preguntó con su habitual ingenuidad:

—¿Qué buscas, Felix? Todo lo ves con indiferencia y parece detestable, aunque afirmas lo contrario.

—No tienes *algo* mas que enseñarme? respondióla su primo turbado.

Los encargos de su pechera oscilaban; tan precipitados eran los latidos de su corazón.

—¿Algo mas? repuso ella sonriéndose.

—Si, una.... un canastillo en forma de.... de.... no recuerdo.

—¡Ah! la cunita, repuso Carmen con un movimiento de alegría.

—Si, la cunita.

—Mírala, aquí está.

La joven llevó a su primo al reducido espacio que mediaba entre el lecho y la pared, y le mostró en un rincón una primorosa cunita de encajes y raso, colocada encima de una silla.

Felix se apoyó contra uno de los pilares de la cama, y una ardiente lágrima rodó por sus descoloridas mejillas.

—¿No te agrada este precioso nido? murmuró ella.

Granado nada contestó: un ligero estremecimiento hizo vacilar su mano. La pregunta de su prima le trajo a la mente una dulce, pero triste imagen, porque un doloroso recuerdo se mezclaba a ella. Contempló a su prima, que con infantil alegría se inclinaba risueña sobre la cunita, como si quisiera acariciar con su aliento a algún ángel allí oculto, y un hondo suspiro se escapó de sus labios.

—¿Y es cierto, la preguntó, que tú se la pediste al barón?

—Es claro.

—¿Y para qué?

Antes Carmen había dejado a Felix sin saber qué contestar con un *por qué* idéntico: ahora él la puso en la misma situación con su necio *¿para qué?* Sin que ella pudiese adivinar la causa, un vivo encarnado coloreó su bellissimo semblante. Quería hablar y no sabía qué decir: Paquita vino a sacarla de tan fiero trance.

—Marchaos, dijo a Felix, viene gente.

—¿Y por dónde? exclamó éste.

La doncella en su precipitación había cerrado con llave la puerta del gabinete que comunicaba con la alcoba. Además, la persona que estaba en el corredor no podría menos de ver salir a Felix.

Un golpecito dado en la puerta les advirtió que era inútil pensar en la retirada. Carmen oyó distintamente la voz de su tía que la llamaba.

—Virgen santa, ¿y ahora qué hacemos? exclamó aquella toda trémula, aproximándose instintivamente a su primo.

—Morir primero, respondió éste, que exponer tu reputación!

E inclinándose su boca sobre la bella frente de su amada, imprimió en ella un tierno y rápido beso; el primero tal vez; corrió a la ventana, la abrió y se precipitó al suelo desde una altura de mas de treinta pies.

Carmen dió un grito y se dejó caer en un sillón.

—¿Se ha muerto?... preguntó a su doncella difundida en el rostro una mortal palidez y oprimiéndose con la mano el corazón, hasta el cual había llegado el beso ardiente de su amante.

—No señora, contestó en voz baja la camarera, que apoyada en el balcón miraba correr a don Felix por el jardín, mas ligero que una liebre perseguida por una jauría de sabuesos.

Paquita tranquila acerca de la caída del fugitivo, corrió a la puerta y la abrió.

—¿Qué haces aquí? preguntó a la joven su tía doña Sinforosa, echando una mirada escudriñadora a su alrededor; hace media hora que te andamos buscando.

—Se le había descompuesto el peinado, respondió Paquita, que había cogido de antemano un peine y se ocupaba en alisar el pelo a su señora; y ha sido necesario que se lo arregle.

—Ese no era motivo para encerrarse.... y además me ha parecido escuchar un grito sofocado en el momento que golpeaba.

—Ya se vé, añadió la inapreciable doncella, como que he tenido la torpeza de hincar una horquilla a mi señorita....

—¿No habeis visto a Felix?, prosiguió la vieja con siniestra intención; nadie sabe donde se ha metido.

—Mírela vd., señora, replicó Paquita señalando al jardín. Viene de la glorieta sin duda.

La veterana se caló los anteojos y se aproximó al balcón, que como hemos dicho, distaba treinta pies del suelo.

Doña Sinforosa había sido muy fea desde pequeña, y por lo tanto nadie en su vida había intentado por ella un salto semejante: así, sus vivas sospechas acerca del misterioso *tete á tete* de Carmen y su doncella, se desvanecieron al contemplar la enorme distancia que se interponía entre el balcón y el suelo. Tranquilizose

por consiguiente y depuso el torvo ceño con que entrara en la alcoba. Mientras duró su corto interrogatorio y su mudo examen del balcón, Carmen no tenía una gota de sangre en las venas.

Después del baile, que duró hasta la una de la noche, los convidados se despidieron, y los parientes de la desposada la acompañaron hasta el aposento nupcial.

El barón la llevaba del brazo y sin que su semblante revelara la menor alteración.

En cuanto a Felix no tuvo valor para asistir a esta postrera ceremonia; se había refugiado al jardín y se paseaba bajo las ventanas de Carmen.

Cuando el acompañamiento llegó al dintel de la morada conyugal, se despidió cada cual, dejando solos al viejo barón, a la desposada y a tres ó cuatro parientes que se encargaron de ayudarla a desnudarse.

Entonces el señor de Llanes se acercó a su esposa, tomó una de sus manos que llevó respetuosamente a los labios, se inclinó y salió magestuosamente, como podría hacerlo un embajador al despedirse de un monarca.

Un cuarto de hora después, Carmen se encontraba sola en la alcoba nupcial.

El matrimonio, el baile, y fuerza es decirlo, el beso de su primo, habían conmovido su ánimo profundamente. No pudiendo conciliar el sueño saltó de la cama, se puso una bata que dejaba al descubierto sus hermosos brazos mas blancos que el alabastro, entreabrió la ventana y se apoyó en el balcón.

La noche estaba serena: una claridad vaporosa flotaba sobre la campiña, cuyo sombrío manto de verdura ondulaba como las mansas olas de la mar en calma. El disco menguante de la luna resplandecía como la hoja de un corvo yathagan, y su pálida luz hacia reverberar como chispas de diamantes las transparentes gotas de cristal de la vecina fuente. Un delicioso perfume de mil olorosas yerbas y plantas aromáticas que las noches de verano bañan con su rocío, venia de los campos y embalsamaba el aire.

Carmen inclinada como una blanca estatua, paseaba a lo lejos sus miradas distraídas; anegada el alma en vagos pensamientos, llenos de recuerdos indecisos y de inciertas aspiraciones, en las que la idea del amor se deslizaba como una sombra pálida y fugitiva, escuchaba sin comprenderlos, los confusos murmullos que el hálito de las brisas nocturnas derramaba en el espacio; mil deseos ignorados hasta entonces, se agitaban en su corazón como una bandada de pájaros súbitamente despertados. Así como el geráneo deja su perfume en las manos que le tocan, del mismo modo el beso de Felix permanecía fijo en su frente, y bajo la piel blanca y nacarada creía sentir aun la ardiente impresión de dos labios de fuego; y así como esos rápidos meteoros que durante las cálidas noches del estío iluminan por un instante el horizonte, así el beso de Felix hacia reverberar su llama hasta una esfera donde jamás llegó el pensamiento de la inocente joven. Mas de una vez inclinó la cabeza agobiada por el tropel de ideas que la asaltaban; y al fijar sus tímidos y húmedos ojos en la luna, imán de plácidos ensueños, sintió un ligero ruido que la hizo estremecer. Su nombre, como un suspiro, acababa de vibrar en su oído; inclinóse llena de sobresalto y curiosidad, y entre las espesas ramas de un castaño gigantesco, cuyo tronco distaba cinco ó seis varas del balcón, vio aparecer el rostro de Felix.

La vispera de este día, la inesperta joven habria acogido esta aparición con una carcajada de risa; hoy la llenó de congoja, el carmin del pudor tiñó su frente y su corazón palpité con violencia.

—¿Felix! murmuró ella con voz tan dulce que la envidiaria el ruisenior que modulaba sus trinos en la enramada del jardín.

—¿Carmen! respondió él ¿estás sola, sola?...

—Si, sola.

—¿Cómo! ¿y el barón?

—Me acompañó hasta mi cuarto, me besó respetuosamente la mano, y luego se retiró de la manera mas grave y formal que le fué posible.

Felix aspiraba estas palabras con inefable satisfacción; loco de contento se deslizó hasta el borde de la rama que le sostenia.

—¡Por Dios que vas a caerte y a matarte! exclamó Carmen asustada.

—Imposible, estas sola, y me parece que por llegar hasta tí caminaría por el aire.

—Sin embargo, permanece quieto, y sobre todo habla bajo: ¡si nos oyese!

—¿Singular misterio! ¿por qué temia que la sorprendiesen? La vispera habria pasado hablando toda la noche en su balcón, y lo habria confesado ingenuamente al otro día.

—Todos duermen, añadió Felix, hasta el viejo Matusalén tu abominable esposo.

—¡Ah! ¿cómo puedes hablar así de un hombre tan excelente?

—Le detesto.

—¿A él, por qué? ¿qué te ha hecho?

—¡Nada que digamos! robarme tu mano y tu corazón.

—¿No habrias tú hecho lo mismo? dijo Carmen con cierta candidez que no estaba exenta de coquetería.

—¡Cruel! me desesperas recordándome una dicha que he esperado largo tiempo y que ya no puede ser mía. ¡Ah! tú nunca me has amado.

—Mientes, sabes que te he querido y te quiero.

—Si me hubieses amado, ¿te habrias casado con el barón?

—¿Y por qué no? yo no lo hubiese hecho si hubiese creído que obraba mal. ¿No era preciso que me casase? ¿y conoces un sugeto mas digno y apreciable que el barón de Monrriera?

—Podría ser tu abuelo.

—Es cierto que es un poco viejo para correr conmigo en el jardín ó bailar por espacio de una noche entera: pero tú le reemplazarás ¿no es cierto?

—¿Pues qué! ¿me amas todavía?

—Todavía, respondió ella como un eco.

Mientras que hablaban, Felix se había ido deslizándose mas y mas sobre la gruesa rama cuya estremidad distaba muy poco de la balastrada del balcón. Al oír la última palabra de su prima hizo un movimiento, y la rama recargada de un peso excesivo, se dobló hasta chocar con otra.

Carmen dejó escapar un grito sofocado: Felix se corrió al centro, y la rama volvió a erguirse velozmente.

—Si saltase.... dijo el joven en ademán de lanzarse.

—No hagas tal!

—Te lo suplico, te lo pido de rodillas!....

—Te lo prohibo.

—¡Un salto, y caigo á tus pies!

—O al suelo y muerto quizás.

—¿Y qué importa?

Felix se apoyó con fuerza sobre la rama, y esperó á que rebotase para saltar.

Carmen, trémula de espanto, extendió las manos hacia él repitiendo con voz ahogada por el susto y temor de que la oyeran:

—¡Ah! no! no!

—¿Quién anda ahí? preguntó al mismo tiempo una voz cascada que parecia salir del seno de la tierra.

Volvióse Carmen azorada; Felix se acostó cuan largo era sobre la flexible rama, y tras las entreabiertas persianas de una ventana vecina, apareció una cabeza ceñida de un pañuelo, cofia ó gorro, que le comunicaba un aspecto verdaderamente infernal.

(Se continuará.)

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

JUNTAS REVOLUCIONARIAS DE AMÉRICA (1).

No es de nuestra incumbencia historiar los acontecimientos que precedieron á la revolucion española y allanaron el camino del trono al intruso hermano del usurpador: pero como juzgamos necesario, para formarse una idea exacta y marcar el instante decisivo, la época de transición entre el antiguo y nuevo orden de cosas en América, recordar al menos la forzada abdicación de Carlos IV, y su reclamación de la corona al mes siguiente; la renuncia de sus derechos arrancada á Fernando por Napoleon en Bayona y la creación de juntas é insurrección en toda la Península, el lector poco instruido en estos sucesos, hará bien de consultar algunos de los muchos libros que se han escrito sobre ellos. Nosotros no podemos ni queremos narrarlos. Prescindiendo de nuestra incompetencia para tratar con acierto todas las cuestiones que abrazan, comprendemos que perderíamos el tiempo inútilmente, sin añadir nada nuevo á lo que plumas mejor cortadas han escrito. Son hechos juzgados ya por la historia, y que por mas descoloridos y descarnados que se presenten ocupan mucho espacio y no deben considerarse superficialmente. Importa, sin embargo, conocerlos bien para la mejor inteligencia de lo que vamos á esponer: importa sobre todo, tener en cuenta el glorioso alzamiento de las provincias, iniciado por la de Asturias, y los azares de la lucha trabada por un puñado de heroicos y leales defensores del trono castellano contra el poder colosal de Napoleon, hasta la funesta batalla de Ocaña, que sembrando el terror y el abatimiento por todo el reino, hizo temer que fuese tan aciaga para la independencia como la de Guadalete. (2)

Aciaga y funesta, en efecto, para España, no solo en su recinto, si que tambien del otro lado de los mares.

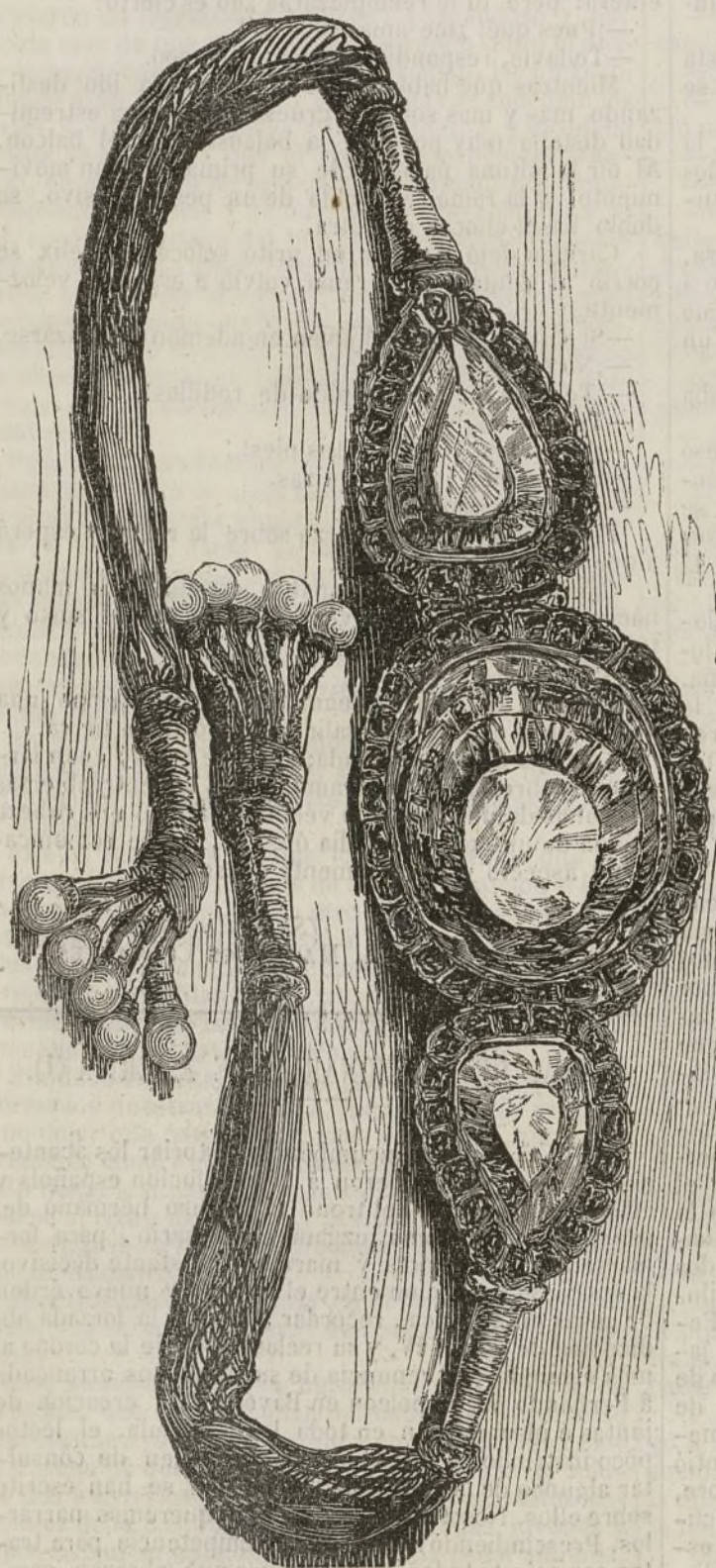
El 19 de noviembre de 1809 tuvo lugar, pero hasta fines de marzo no se supo oficialmente en América, cuyos habitantes hasta ese momento, recelosos y aterrados por el mal éxito que habían tenido las dos juntas formadas, la una en Méjico el 9 de agosto de 1808 y disuelta á los treinta y siete dias, y la otra en la Paz el 15 de junio de 1809, pereciendo en el patíbulo, sus autores, no se habían atrevido á imitar su ejemplo. Mas llegó la noticia del contraste de Ocaña, abultado por el miedo y la distancia. Se dijo que todas las fuerzas españolas que aun podían combatir habían depuesto las armas: que los mismos reyes de España renunciaban de nuevo solemnemente á sus derechos, para evitar mas desgracias y efusión de sangre: que en vista de tantos desengaños, las ciudades y los pueblos inclinaban, por que no les era dado hacer otra cosa, su orgullosa cerviz ante las invictas legiones del capitán del siglo.... ¿Qué no se dijo é inventó entonces por los que tenían interés, tanto nacionales como extranjeros, en que las colonias fuesen independientes!

En consecuencia, Caracas tomó la iniciativa, y el 19 de abril de 1810 instaló una junta conservadora. Tam-

(1) Consideramos de sumo interés para nuestro país el presente trabajo histórico que explica el origen de la revolución americana, cuyo término fué la emancipación de la metrópoli.

(2) Toreno.

ESPOSICION DE LONDRES.



Los dos grabados que presentamos en esta última plana, representan dos de los objetos notables que han llamado la atención en la exposición universal de Londres. El uno es el *Koh-i-noor*, llamado la *Montaña de luz*, que es el diamante espuesto por la reina de Inglaterra, cogido por los ingleses en la última guerra de las Indias, á Burjet-Sing. Es el diamante mas abultado que se ha conocido hasta nuestros días. El *Koh-i-noor* vale dos millones de libras esterlinas. Refiere un viajero español acerca de esta joya, que estándola visitando, oyó á un labriego suizo que preguntaba á su esposa:

—¿Cuánto dicen los ingleses que vale eso?

—Dos millones de libras esterlinas, respondió la buena esposa.

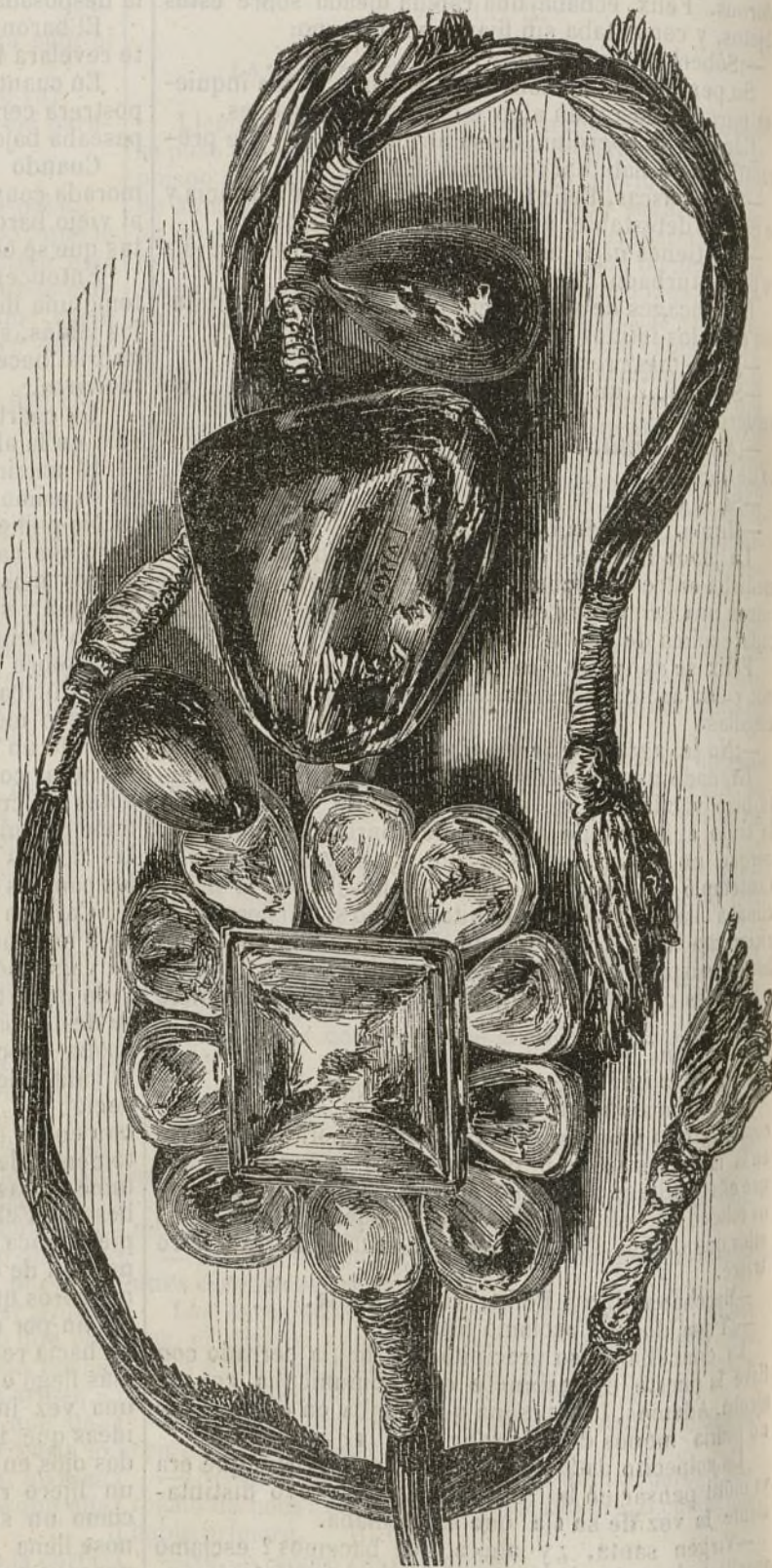
—Un país tan ilustrado como la Inglaterra, repuso, no debe pagar menos por el tapon de una botella de cristal... ¿no es eso lo que representa lo que miramos?

Esta joya la vimos espuesta en la galeria central del tránsito, en una caja de oro y de una forma especial.

Durra-i-noor, es el nombre del otro diamante espuesto por la compañía de la India, y del que presentamos también una muestra en el otro grabado. Joya magnífica, de gran precio sin duda; pero no puede entrar en competencia con el diamante del cual hemos hecho particular mención.

La reina Victoria y el príncipe Alberto, visitaron la exposición y se detuvieron gran rato contemplando esta prenda de tanto valor.

Sobre la caja dorada que mencionamos vimos un cogin de terciopelo carmesi sobre el cual descansaba la corona de Inglaterra.



bien fué esta la primera sección hispano-americana que se declaró independiente, y bajo la dirección del ilustre Bolívar constituyóse en república. Buenos Aires y Santa Fé de Bogotá crearon sus juntas el 25 de mayo; Quito el 19 de agosto, y Chile el 11 de setiembre del mismo año.

De este movimiento tan simultáneo y general nos bastará para nuestro objeto examinar la parte correspondiente al Río de la Plata; los que tengan alguna curiosidad acerca de los demás, pueden consultar sobre algunos detalles los primeros capítulos de la conocida obra del señor Torrente (1), leyéndolos con la debida precaución; pues su autor al hablar de los patriotas no se muestra nada indulgente con ellos, y hasta altera ó desfigura los hechos cuando así le conviene; y los hechos, salvo algunas modificaciones, en todas partes son los mismos, y solo varía el lugar de la escena.

En cuanto á nuestro país, cuna de la independencia hispano-americana, el estudio detenido que tenemos hecho de las actas capitulares de la revolución, publicadas recientemente por el señor Angelis en el tomo III de su importante colección, nos habilita para presentar en su verdadero punto de vista esa revolución tan calumniada, rectificar no pocos errores, y dejar también consignado sobre bases sólidas é indestructibles el principio, el fundamento, el punto de arranque de nuestra regeneración política y social; la tradición generatriz, la encarnación viva del dogma imperecedero proclamado por ella: la patria y la libertad.

Ya hemos dicho que bastará para nuestro objeto ocuparnos únicamente de los acontecimientos del Plata, en el primer período de la emancipación del Nuevo Mundo, porque reasumen y epilogan y son la síntesis mas alta de lo que sucedió en las demás secciones de América, con la enorme diferencia de que en todas ellas fué sofocada la revolución con éxito mas ó menos duradero, mientras que en las provincias del Río de la Plata, siempre de pie y siempre combatiendo, llevó á to-

das partes su bandera libertadora, llegando á ser la primera, no por el orden cronológico, sino por la solidaridad de sus ideas, por su misión de apostolado y propaganda, por sus resultados y por su influencia en los destinos de una de esas grandes revoluciones, como la califica Humboldt, que de vez en cuando agitan á la especie humana, y que propagándose desde el hemisferio austral al boreal, desde las riberas del Plata y de Chile hasta el Norte de Méjico abre una nueva era á catorce millones de habitantes (1).

Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, virey de Buenos Aires; en el pleno ejercicio de su autoridad, manifestó oficialmente (2), lo que todos sabían; es decir, la triste y crítica situación en que se encontraba la Península. No es exacto que él convocó voluntariamente el auxilio de un cuerpo deliberante al que debían concurrir los representantes de la ciudad y de las provincias del vireynato, sino muy á su pesar y por los síntomas alarmantes y rumores siniestros que corrían entre el pueblo, propalados por unos pocos de esos jóvenes entusiastas que deliraban con la regeneración y el porvenir de su patria.

El cabildo, con fecha 21 de mayo, pasó un oficio al virey pidiéndole permiso «para convocar la principal y mas sana parte del vecindario, á fin de que en un congreso público espresase la voluntad general y acordase las medidas mas oportunas para evitar toda desgracia y asegurar su suerte venidera.»

Concedido el permiso por el virey, se envió un comisionado al comandante del batallón de Patricios don Cornelio de Saavedra, para que se apersonase con el cabildo. El objeto de este requerimiento no era otro que el de encargarle mantuviese el orden y la tranquilidad pública.

Pero ya el pueblo se había reunido y empezado á gritar que saliese á los balcones el caballero síndico procurador (don Julian de Leiva), que salió en efecto, y fué interpelado sobre cual había sido la contestación

que Cisneros diera al ayuntamiento. Contestó Leiva que había accedido á sus ruegos, y que actualmente se hallaban ellos trabajando por el bien público, y que era necesario que se retirasen á sus casas para no perturbar el orden.

Entonces el pueblo gritó con mas fuerza:

«¡Lo que queremos es la deposición del virey!» Leiva intentó en vano persuadirle que se conservase tranquilo; en ese intervalo llegó Saavedra, y después de conferenciar algun tiempo con el cabildo, asegurando á éste que él respondía de lo tranquilidad pública, salió, y consiguió que se retirase el pueblo.

Los cabildantes determinaron que al día siguiente se celebrase el cabildo abierto, convocando á la principal y mas sana parte del vecindario, como ya queda dicho, por medio de la siguiente esquela:

«El excelentísimo cabildo convoca á vd. para que se sirva asistir, precisamente mañana 22 del corriente, á las nueve, sin etiqueta alguna y en clase de vecino, al cabildo abierto que con avenencia del Excmo. señor virey ha acordado celebrar; debiendo manifestar esta esquela á las tropas que guarnezcan las avenidas de esta plaza, para que se le permita pasar libremente.»

El acto se inauguró leyéndose una especie de discurso ó exposición, en la que se recomendaba al pueblo la fidelidad á Fernando VII, la moderación y el respeto á las leyes... Son verdaderamente paternales y de una alta prevision los consejos con que concluye, y no hay duda que si hubiera sido posible seguirlos, ni habrían tenido lugar los tristes sucesos que pronto ensangrentaron la revolución, ni producido tan amargos frutos las precoces innovaciones de algunos hombres muy patriotas sí, pero faltos del conocimiento práctico de los trastornos y cambios políticos, y de las nuevas situaciones que ellos crean.—La juzgamos digna de someterla á la consideración del lector.

(Se continuará.)

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 5

(1) Historia de la revolución hispano-americana.

(2) Voyages aux Reg-Equin.—tomo I. pag. 59.

(2) Proclama del 18 de mayo.